***LA VIDA TIENE TANTA AMBIVALENCIA, QUE HACE ESTA LA MÁS SINGULAR DE TODAS LAS CIENCIAS.***

# Después del Ayer

Con el paso del tiempo, en ocasiones nos detenemos a pensar, a reflexionar, o tal vez a observar los momentos. A esos momentos particulares de nuestra vida quiero llamarlos "paradas" o "estaciones"; sí, paradas o estaciones como las que realizan los colectivos, trenes o subtes. Hay estaciones principales y paradas alternativas dentro de ellas. Estas se hacen en diferentes ocasiones, en distintos momentos de nuestras vidas, y son más o menos exhaustivas, dependiendo de cómo las vivamos.

A lo largo de los años, realizamos varias paradas, nos detenemos en diferentes estaciones: algunas en la niñez, otras en la adolescencia, algunas más en la juventud, en la adultez, y por supuesto, en la vejez. Nuestra vida es como ese transporte al que subimos con frecuencia, el cual de repente arranca y se detiene en la siguiente parada. En esa detención, suben y bajan personas, y nosotros mismos, según lo que necesitemos en ese momento. A esas situaciones cotidianas solemos llamarlas vida; vida que cada uno podría definir desde una perspectiva distinta. Pero… ¿qué es para mí?

Para mí, la vida son todas esas paradas que he realizado, que se convirtieron en momentos, en recuerdos. Y aquellos que no se transformaron en recuerdos, que los vivo en el presente con la mirada hacia el futuro pero sin saber a ciencia cierta si se transformaran en recuerdos. La vida, entonces, es una conjunción entre el pasado y el presente, con una proyección hacia el futuro. Son esos momentos de risas, alegrías, mentiras, enojos, reflexiones, críticas, tristeza, soledad… Vaya que lo que llamamos vida es un abanico amplio de emociones, de experiencias. Y me pregunto: ¿son necesarias todas estas paradas para llamar vida a nuestras vidas? No todas son necesarias, pero qué felices los que logramos llegar a algunas. ¿Eso quiere decir que algunos tienen más vida? No, solo significa que tienen una vida diferente.

¿Es la vida todo lo que nos sucedió, lo que nos está sucediendo, o lo que nos sucederá? ¿Es la vida lo que no nos sucederá pero lo pensamos?

Cada cual se detiene más o menos tiempo en la parada que más desea. ¿Cuál sería tu primera parada? ¿En qué estación te detendrías? Cada parada tiene su propio matiz, y no porque estemos en una parada o estación determinada, significa que todo se cumplirá según nuestra idealización o los estudios científicos que podamos leer. Porque si algo no tiene la vida, es esa linealidad ortodoxa que tanto nos gustaría

entender. Podemos estar en una parada llamada adolescencia y, sin embargo, estar viviendo situaciones propias de la adultez.

Convergemos en ciertos puntos, convergemos en ciertos sentimientos, pero, aun así, somos particulares, singulares. A lo largo del tiempo, nos damos cuenta de que, por más características que compartamos, somos únicos. Algo en nosotros nos hace diferentes. Y vamos en pos de ese algo, que, aunque se intente estandarizar, tiene una singularidad que nos llama. De alguna manera transitamos esta vida en compañía, pero también en soledad. Hay momentos compartidos con ese "otro", pero también existen circunstancias que debo enfrentar solo. Y muchas decisiones dependen de mí, pero no todas.

Por lo tanto, somos esas conexiones con ese "otro", y con nosotros mismos. Conexiones que nos llevan más allá. ¿Qué conexión eliges en esa parada o estación donde te detienes? ¿Qué te conecta contigo mismo? ¿Qué te conecta con aquellos con los que hablas, y con los que no hablas? ¿Qué te conecta en esas paradas que decidiste realizar?

¿Es solo una vida, o son varias vidas? Tal vez haya una vida a nivel macro, y alrededor de ella establecemos vidas subalternas. Vida de estudiante, vida de hombre, vida de mujer, vida de cónyuge, vida de hijo, tía, empresario, poeta, escritor, cantante, actor... Si mi vida se compone de vidas, ¿cuál es esa vida que engloba todas esas otras vidas?

Me encuentro aquí, entre este hermoso pasado resignificado en este presente, con una construcción hacia el futuro. Me encuentro entre esas paradas de la vida que marcaron mis vidas, Mi Vida. Sin dudas, mi ser es la conjunción perfecta de todo esto.

Entre tantas paradas que uno realiza, algunas veces llegamos a formar parte de las paradas de otros, las cuales, en ocasiones, son más peculiares que las nuestras.

¿A dónde vas en cada parada donde te detienes? ¿A seguir descubriéndote? ¿A seguir puliendo tu alma, tu ser, tu espíritu? ¿A seguir perfeccionando este ser que ha agotado todas las herramientas visibles, las cuales, muchas veces, no son suficientes?

Estas herramientas, algunas veces invisibles a nuestros ojos y sentidos, ¿son realmente herramientas? Estas contradicciones, esas preguntas, son parte de lo que llamamos VIDA. Entonces, ¿son herramientas solo cuando las veo, cuando las descubro? Si hay herramientas que se utilizan en Japón, y no en Argentina o Brasil, ¿dejan de ser herramientas? No lo sé.

Hay algo que caracteriza nuestras vidas: no saberlo todo, pero aprehender del "otro", o a través de "otro". Aprehender con "h" significa tomar cada situación como una oportunidad. Así me enseñaba aquel ser que alguna vez me preguntó: "¿A dónde vas?" Su respuesta fue tan singular que aquella hermosa parada, fue tan única para ese ser humano como lo fue para mí. Y en ese momento, nos encontramos para observar y observarnos…

Como mencioné, hay diversas estaciones, y cada una trae consigo aventuras, momentos de diferentes tipos, pero sobre todo, trae enseñanzas. Cada quien se detiene, o baja, en la parada que más desee. Yo bajaré por un breve instante en una parada llamada niñez…

**Una parada llamada niñez**

Crearé una fortaleza, como aquellas construidas en tiempos antiguos para defenderse de los ataques del enemigo. De esta forma, protegeré mi ser de aquellos "a los cuales no llamaré malos", pues me he dado cuenta de que, en ocasiones, defendemos causas que no son justas y nos hacen ignorantes.

Aquí, todo parece ser ilusión y pensamiento mágico, pero también tiene su raíz en la realidad. Empiezo a hacerme más consciente de mis emociones: alegría, tristeza, felicidad, dolor, angustia… comencé a aprender a diferenciar lo dulce de lo amargo. Coloco nombres propios a las situaciones de mi vida, a las emociones que estas me provocan.

Un juego peculiar en esta hermosa y desafiante parada, donde me vi obligado a detenerme, fue construir lo que mencioné en su momento: fortalezas. Esas mismas fortalezas que, en tiempos antiguos, protegían a los pueblos de las amenazas. Así, me protegí de las vicisitudes que me atacaban. Algunas veces sentía que me dañaban, me sentía frágil, necesitado de refugiarme de los gritos, las burlas, los golpes, los insultos, la intolerancia. Pero también me protegía de la risa excesiva, de una alegría desbordada que no entendía, y sin darme cuenta, me protegía de algo aún más importante: de mi propio amor.

Aquí todo era posible, y aunque esas fortalezas fueran débiles, algunas veces se tornaban las más fuertes de todas, hasta el punto de que nada o casi nada podía destruirlas. Cuando sufría modificaciones, cuando los cimientos o algunas paredes se movían, todo se reconstruía con rapidez, sin detenerme a mirar quién había alterado esas estructuras. Así, la vida se volvía un proceso continuo de reconstrucción.

Esas fortalezas, a pesar de sus debilidades en ciertos aspectos, se convertían en imponentes en otros. Nada o casi nada podía deshacerlas. ¿Qué sería de la vida sin estos movimientos, sin estos ajustes constantes, como si fueran placas tectónicas del alma?

En esta parada llamada niñez, pasaron tantas personas que subieron y bajaron de este micro. Entre ellas, algunas son recuerdos persistentes: madres e hijas, padres e hijos, compañeros de escuela, amigos, y tantas otras personas que contribuyeron a formar lo que hoy llamamos vida.

Las paradas de la niñez, la adolescencia y la juventud son tan particulares que, finalmente, me condujeron a una muy singular: esa que llamamos adultez. No es que las demás paradas no sean esenciales o importantes; cada uno se detiene más o menos tiempo en las paradas que elige, en función de su propio camino. Pero en esta parada llamada adultez, se funden el pasado, el presente y el futuro inmediato. Aunque, de esas paradas mencionadas, ya te contaré más adelante sobre dónde se encuentran esas vivencias.

## Una parada llamada adultez

Como decía antes, esta parada en la vida es tan singular, tan única. Llegamos a ella, en parte solos y en parte acompañados. Otros llegaron junto a nosotros, y otros llegaron antes que nosotros, pero es esa parada donde se conjugan el pasado, el presente y el futuro inmediato en una danza perfecta.

Muchos habrán llegado a esta estación, pero no a tu estación. Ese espacio, ese lugar, esas circunstancias son únicas, son tuyas. Aunque haya personas que hayan descendido en el mismo punto, no es el mismo lugar. El paso de otro ser transforma ese espacio y ese tiempo, a nivel micro, pero lo transforma. Por lo tanto, esa estación es exclusivamente tuya.

Esta parada tiene viajes hermosos, y otros no tantos vamos a ser realistas, viajes que solo podemos emprender si nos subimos al micro llamado vida. Con el paso del tiempo, comprendí que aquellas fortalezas de mi niñez eran, ni más ni menos, los sentimientos y emociones que me acompañaron desde ¿siempre?

Cada pared que levanté en esa fortaleza en mi niñez, a lo largo de mi adultez me acompañaron y representan aspectos fundamentales de mi vida: familia, amor, esperanza, seguridad, amistades, humildad, orgullo, inseguridad, dolor, frustración, triunfos, derrotas… Ahora, al ver cómo esa fortaleza se ha transformado, me pregunto: ¿De qué están echas sus paredes y sus revoques? ¿Son de dolor, preocupación, ocupación, alegría, felicidad, malestares, inseguridades, conocimiento, angustia, incertidumbre, insatisfacción, orgullo…?

En esta parada llamada adultez, ¿se ha convertido mi fortaleza en un castillo? ¿Qué tipos de cimientos tiene?

Hay un descubrir que trasciende todo lo vivido, todo lo logrado, obtenido y atesorado. Pero en esta parada llamada adultez, aparece alguien tan particular como tú. En este momento, en esta detención, y en una de mis estaciones favoritas, se tejió una red de ideas, una conexión entre aquel pasado hecho presente, con la visión de ese futuro que soñé, que imaginé, que busqué construir.

Hoy nos encontramos aquí para revivir ese momento, para dejarlo plasmado en el tiempo, como aquellas hermosas conversaciones que compartimos, en las que una caricia habla, una palabra alivia y un abrazo nos conecta aún más. Antes de continuar nuestro hermoso recorrido, quiero preguntarte algo:

¿Qué características tiene una obra de arte? ¿Qué le da trascendencia? ¿Quién le pone valor a una obra?

Los años, el diseño, la originalidad, los colores, son algunas de las características que le dan forma. Esa trascendencia, la que perdura en el tiempo, se le otorga por el amor con el que se creó, por el amor a lo que se hace. Y el valor lo ponemos nosotros mismos, en ocasiones, pero en otras, es otro quien lo coloca.

Y en esta parada llamada adultez, descubrí esto: la verdadera trascendencia no está en las estructuras externas, sino en el amor con que cada uno de nosotros construye su propia obra. Esa obra, nuestra vida, es lo que realmente le da valor a cada parada, a cada paso que damos.

Después de haber comprendido lo que significaba esa parada llamada adultez, comencé a mirar la vida de una manera diferente. Esa estación, llena de matices complejos, se convirtió en un punto de inflexión, un cruce de caminos entre lo que fui, lo que soy y lo que anhelo ser. Pero, al mismo tiempo, me di cuenta de que cada parada en este viaje tiene su propio propósito, su propia enseñanza, y no todas requieren ser entendidas de inmediato. Algunas solo requieren ser vividas.

Así, al llegar a este punto, con la adultez como telón de fondo, el viaje de la vida comenzó a tomar un curso más profundo. La niñez, la adolescencia, la juventud, todas esas estaciones previas, ahora parecían como paisajes lejanos. Pero no se olvidaban. Al contrario, estaban ahí, ancladas en el alma, esperando el momento adecuado para reaparecer. Los recuerdos no eran solo fragmentos del pasado, sino guías invisibles que me conducían hacia lo que estaba por venir.

Y ahora, en esta parada llamada adultez, la vida comenzó a desdoblarse en una serie de elecciones, decisiones que, en su mayoría, no eran claras. Cada paso que daba me llevaba más cerca de mí mismo, pero también me enfrentaba a lo desconocido. La pregunta "¿A dónde voy?" se hacía más fuerte, más urgente. La parada de la adultez no era solo una estación, era un crisol, un lugar donde se funden los sueños, las frustraciones, los logros y los fracasos. Y, al final, esas piezas se reorganizan para formar lo que somos.

Así comienza el viaje de mi vida, y quizás también el tuyo. Este no es solo el relato de mis estaciones, de mis paradas. Es un espejo de la vida misma. Cada uno de nosotros, en nuestra propia parada, tiene la capacidad de construir una nueva fortaleza, de desafiar las reglas del tiempo y el espacio, de encontrar el valor en medio de la incertidumbre.

La vida, como un río que fluye, nunca deja de moverse. Y, con cada paso que damos, somos nosotros quienes damos forma a ese río, quienes decidimos su curso y la dirección que tomará. Y aunque no sepamos con certeza adónde nos llevará, la respuesta está en lo que elegimos ser en cada momento.

Ahora, en este preciso instante, me encuentro de nuevo frente a un cruce de caminos. Los recuerdos del pasado aún pesan, pero ahora están impregnados de un significado más profundo. Y, al mirar hacia el futuro, ya no es solo la duda la que me acompaña, sino la certeza de que todo lo que he vivido, todo lo que he sido, ha sido necesario para llegar hasta aquí. Este es el inicio de mi historia, pero también es el momento en que la tuya comienza a tomar forma.

Y con este inicio, se abre un nuevo capítulo, uno que ni el tiempo ni la memoria podrán borrar. Porque, al final, no importa cuántas paradas más haya que hacer, lo que importa es el camino que elegimos recorrer.

# El tiempo

***El tiempo maneja cierta relatividad, eso dice la ciencia, pero entre nosotros ¿Cómo es ese tiempo? ¿Cuánta relatividad marcan nuestros momentos? ¿Qué sería de este sin las circunstancias que nos tocan atravesar?***

***P:*** *El tiempo es extraño. A veces sentimos que un día es eterno, y otras, los años pasan en un suspiro.*

***H:*** *¿Cómo puede ser las dos cosas al mismo tiempo?*

***P:*** *Porque el tiempo no es solo lo que marca un reloj. Es lo que vivimos, lo que sentimos. Un momento feliz se va volando, pero cuando esperamos algo con ansias, parece no llegar nunca.*

***H:*** *Entonces… si no mirara el reloj, ¿el tiempo no existiría?*

***P:*** *Para ti, quizás no. Pero el mundo seguiría girando, y el sol saldría y se pondría como siempre.*

***H:*** *Pero si cada día es igual, ¿de verdad pasa el tiempo?*

***P:*** *No hay dos días iguales. Puede que no lo notes, pero todo cambia, aunque sea un poco. Tú cambias. Yo cambio. Hasta este momento, en el que hablamos, es único. Nunca volveremos a tenerlo exactamente igual.*

*-En ese instante aquel pequeño y gran ser humano preguntó:*

***H:*** *¿Y cómo hago para darme cuenta?*

***P:*** *Observa. Escucha. Vive. Cuantos más prestes atención, más notarás que el tiempo nunca se repite.*

*Llevando su sonrisa hacia el lado derecho el padre, respondió con aire pensativo:*

***P:** Buena pregunta, mi querido Watson… jejeje. Ahora me pregunto yo, ¿qué es observar? Para mí, trasciende lo visual. Observar es ir más allá de lo que los ojos pueden ver. Es sentir, tocar, escuchar… hasta lo que no se dice.*

*—Hizo una pausa, como si estuviera ordenando las palabras en su mente antes de seguir—.*

***P:** Nuestro cuerpo lo hace sin que nos demos cuenta. Mientras dormimos, las células cambian, las neuronas se reconfiguran, el tiempo sigue su curso… aunque estemos quietos. Por eso, cada día es distinto, aunque parezca igual.*

*—Miró a aquel ser pequeño, que en ese momento masticaba un caramelo con aire distraído—.*

***P:** Y con tu pregunta, por ejemplo, me doy cuenta de otra cosa: que no solo te cuido, sino que también me cuidas. No solo te enseño, sino que también me enseñas. No solo estoy para guiarte, sino también para que me guíes.*

*—Le sostuvo la mirada con una media sonrisa—.*

***P:** Aunque bueno… no sé cómo explicarlo mejor. A veces las palabras no alcanzan.*

***H:** Ah, entonces estamos en problemas, porque si vos no lo podés explicar, menos lo voy a entender yo.*

*—El padre soltó una risa breve y negó con la cabeza—.*

***P:** Algunas veces uso una metáfora para explicarlo… Como que tengo un fuego dentro.*

*—El pequeño frunció el ceño, dejó de masticar y lo miró con seriedad—.*

***H:** Pero si hay fuego, te podés quemar. ¡Cuidado! Mamá me dijo que es peligroso.*

*—El padre dejó escapar una carcajada y se inclinó un poco hacia él—.*

***P:*** *Jijeé, en parte es peligroso, en parte no. Depende de cómo lo usemos. Pero no hablo de fuego literal, sino de ese fuego que sentimos cuando encontramos algo que nos mueve por dentro, algo que nos hace sentir vivos.*

*—Se recostó contra la silla y suspiró—.*

***P:*** *Es ese fuego que aparece cuando empezamos a descubrirnos a nosotros mismos. Cuando, de repente, algo hace clic y decimos: "Es por acá".*

*—Aquel infante lo observó en silencio, como si procesara la información, pero al cabo de unos segundos volvió a masticar el caramelo con indiferencia—.*

***H:*** *Bueno, pero si te quemás, igual va a doler.*

*—El padre entrecerró los ojos con fingida frustración—.*

***P:*** *¡Pero que no es fuego de verdad!*

*—El pequeño encogió los hombros con aire burlón—.*

***H:*** *No sé… te veo tan convencido que parece que hablás de fuego real.*

*—El padre se pasó una mano por la cara, conteniendo una sonrisa—.*

***P:*** *No somos solo días, años, horas o minutos. Somos más que eso. Somos lo que queda después de que la vida nos pase por encima.*

*—Ese ser humano lo miró con escepticismo—.*

***H:*** *Otra vez estás dando vueltas, papá. Siempre decís que hay que ser simples, pero cuando explicás algo, te vas por las ramas.*

*—El padre entrecerró los ojos, fingiendo indignación—.*

***P:*** *¡Ey, te pregunté si me estabas entendiendo y dijiste que sí!*

***H:*** *Sí, porque quería ir a jugar.*

*—El padre soltó una carcajada y negó con la cabeza—.*

***P:*** *Ah, claro, yo aquí abriéndote mi corazón y vos solo pensás en jugar.*

*—El pequeño, sin dejar de revolver unos juguetes en el suelo, lo miró de reojo y respondió con ironía—.*

***H:*** *Cuidado, papi, no lo abras demasiado… te podés lastimar.*

*—El padre lo miró con fingida incredulidad y después estalló en risas—.*

***P:*** *No es literal, es una expresión…*

***H:*** *Sí, sí, como lo del fuego. Todo es metafórico con vos.*

*—El padre sacudió la cabeza y sonrió con resignación. Justo cuando pensaba que ese ser ya no estaba prestando atención, lo escuchó decir en voz baja—.*

***H:*** *Igual, cuando cierre los ojos, voy a seguir viendo que me amás. Porque ver no es solo lo que hacen los ojos… es algo que va más allá.*

*—El padre lo miró sorprendido. Y entonces entendió que, después de todo, había estado escuchando cada palabra—.*

---

# ¿Cuantos años?

***Hoy llegue con una consulta por hacer, con más ganas de saber…¿Cómo se mide el paso del tiempo sino en función de años que se componen de días, minutos, segundos? Pero ¿ que serían de estos sin los pensamientos que nos traen preguntas, sin las situaciones vividas que nos generan experiencias y conocimiento?***

*Ese ser humano pequeño e inmenso se acercó con curiosidad, sus ojos brillando con la inocencia de la niñez.*

***H:*** *Papá, ¿cuántos años tenés?*

*El padre dejó escapar una risa suave, como si la respuesta fuera una antigua reflexión.*

***P:*** *Tengo treinta y seis años, Pipi. Aunque si me preguntas, ya me siento un poco como un árbol viejo… jejeje.*

***H:*** *¿Y cuántos años me faltan para alcanzarte?*

*El padre se apoyó en el respaldo de la silla, mirando al cielo por un instante antes de responder.*

***P:*** *Mmmm… algunos años, Pipi. Pero las edades, ¿sabes?, no se miden solo en años. El tiempo es como el viento, no se ve pero se siente.*

*El infante frunció el ceño, como si estuviera tratando de entender un enigma.*

***H:*** *¿Y cómo se siente?*

*El padre sonrió, con una chispa de sabiduría en los ojos.*

***P:*** *Como cuando cierras los ojos y sientes la brisa en tu rostro. Como si el aire te hablara en un idioma secreto.*

*El pequeño, asintiendo, parecía procesar la idea, pero luego volvió a su pregunta inicial.*

***H:*** *Papá, cuando sea grande voy a comprarles una casa a mamá y a vos. Y será grande, con muchas habitaciones.*

*El padre dejó escapar una pequeña carcajada, entrelazando sus dedos mientras miraba al infante.*

***P:*** *¡Vas a ser millonario, Pipi! Pero, ¿sabes algo? No es necesario tener muchas casas. Lo que importa es dónde guardas tu corazón.*

***H:*** *¿En la casa?*

***P:*** *No, en el alma. Porque tu alma es tu verdadera casa, el lugar donde puedes encontrar paz, sin importar cuántas paredes te rodeen.*

*El pequeño frunció el ceño, con la seriedad propia de quien empieza a cuestionar la realidad.*

***H:*** *¿Y yo qué tengo que hacer con el alma? ¿Cuándo la encuentro?*

*El padre se inclinó hacia él, con una mirada profunda y suave.*

***P:*** *Ya la tienes, hijo. El alma no se busca como un objeto perdido. Se siente, como el sol que calienta tu rostro, pero no lo puedes tocar. Lo único que tienes que hacer es ser tú mismo, dejar que esa luz brille desde adentro.*

*El pequeño lo miró, sin entender del todo, pero con una expresión de fascinación.*

***H:*** *Entonces… ¿no es necesario tener dinero para ser feliz?*

***P:*** *Exactamente. El dinero puede construir casas, pero el amor y la paz que sientes en el corazón no se pueden comprar. Esa es la verdadera riqueza. Pero quiero que quede claro que el problema no es el dinero sino que utilidad se le otorga al mismo. Nada que se utilice como método de sometimiento a nuestro Ser puede estar siendo bien usado.*

***H:*** *Jejeje, ¿y yo voy a ser rico entonces?*

*El padre rió suavemente, acariciando la cabeza del pequeño.*

***P:*** *Sí, Pipi. Pero la riqueza de la que hablo no tiene precio. La paz que sientes cuando ves el cielo o cuando estamos juntos, eso es lo más valioso.*

*El pequeño se quedó pensativo por un momento, mirando al cielo desde la ventana. Luego, con una sonrisa traviesa, lanzó una nueva pregunta.*

***H:*** *¿Y cómo sé si encontré el alma?*

*El padre suspiró y miró hacia el horizonte que le permitía ese cuarto donde estaban, como si viera más allá de las palabras.*

***P:*** *El alma no se encuentra, se reconoce. Es como cuando te despiertas de un sueño profundo y sabes que estás en casa, aunque no hayas llegado a un lugar. Lo sientes en cada paso, en cada sonrisa. Y te da fuerza, porque el alma está conectada con todo lo que nos rodea, con el universo entero.*

***H:*** *¿El universo? ¿También tiene alma?*

***P:*** *Sí, todo lo que existe tiene un alma. Las estrellas, los árboles, el viento, los seres humanos. Estamos todos conectados, formando una sola corriente que fluye a través del tiempo y el espacio.*

***H:*** *¡Eso suena a magia!*

*El padre sonrió, viendo cómo los ojos del infante se iluminaban con ese toque de maravilla tan característico de la infancia.*

***P:** Es mágico, sí… lo mágico de estar vivos, de ser parte de algo mucho más grande que nosotros. Y mientras caminas por la vida, solo tienes que recordar que eres eso mágico. No importa si eres pequeño o grande, el alma no tiene medida.*

*El pequeño, aunque un poco confundido, asintió lentamente, como si algo profundo hubiera tocado su interior.*

***H:** ¿Y cuando crezca, voy a saber todo eso?*

*El padre se recostó hacia atrás, con una sonrisa tranquila.*

***P:** No, no tienes que saberlo todo. Solo tienes que recordar una cosa: la vida es un viaje. A veces, la respuesta está en el camino, no en el destino. Y mientras más camines, más te irás encontrando a ti mismo.*

*El infante se quedó en silencio, mirando al padre, y luego, con una mirada llena de confianza, dijo:*

***H:** Bueno, mientras me encuentre a mí mismo, te voy a cuidar. Y cuando sea grande, te voy a hacer una casa con alma, como la tuya.*

*El padre sonrió, tocando suavemente su corazón.*

***P:** Y yo, Pipi, siempre te cuidaré. Porque el alma es lo único que nunca se pierde, y siempre nos mantiene conectados.*

*Si cuidar de nosotros, o, de otros te potencia, y sentís que te eleva como persona, como ser humano, como individuo, HACELO. Ahora, si sentís que tu progreso queda estancado, NO LO HAGAS; porque viniste a construir tu camino, viniste a recorrer tu vida, a crear la misma, y nosotros te trajimos con ese fin o al menos yo, de que construyas tu camino, de que potencies ese SER que hay en vos. No sos propiedad de mamá o papá, solo somos quienes decidimos guiarte y darte herramientas para tu desarrollo y crecimiento. Uno nunca sabe hasta cuando caminara sobre este mundo, pero el tiempo que lo hagamos, hagámoslo de la mejor manera posible. Papa decide, hacerlo ayudándote a vos a que te encuentres, a que aprendas, a que aprendamos*

*juntos en este viaje que iniciamos hace un tiempo atrás. Papa hace treinta y seis años que inicio este viaje, un viaje de aventuras interiores, en donde el mayor miedo creo que fue encontrarme conmigo mismo, también fue el descubrir que no era quien me hicieron creer que fui, soy y seré más que eso, seré más de lo que me rodea.*

*Este viaje por el universo interior me hizo descubrir eso que tanto soñé, eso que tanto busqué, mi mismo YO. En donde para encontrar tuve que escarbar y en ese escarbar uno siente dolor.*

*La vida Pipi tiene esa conjunción dulce-amargo, alegre-triste, pero ¿qué sería de la vida sin esto? Espero que podamos caminar muchos más años juntos, y, cuando nos toque despedirnos decirnos: hasta pronto, mirarnos los dos a los ojos y saber que fuimos los mejores pasajeros y compañeros en este micro que se llama VIDA.*

# Humanos

***Hay pensamientos y acciones que nos elevan por sobre nuestro egoísmo, por sobre nuestro egocentrismo. En ese accionar hay aciertos y errores ¿Quiénes marcan que son aciertos y errores? En ocasiones lo que es considerado un acierto es un error y lo que es un error podría ser un acierto. Esa ambigüedad es la que nutre nuestro Ser.***

***P:*** *Pensaba, Pipi, en un lugar en el que no existan los "hombres" ni las "mujeres", o dicho de otra manera, en un mundo sin "fuertes" ni "débiles"...*

*El pequeño, con su mirada curiosa y su mente en proceso de descifrar el misterio, interrumpió con una sonrisa traviesa.*

***H:*** *¿Papá, qué hay entonces? ¿Monstruitos? ¡Jejeje!*

***P:*** *Jejeje, no, Pipi, no hay monstruitos. Aunque, si quieres llamarlo así, podrías decir que son seres llenos de luz, seres humanos. Déjame explicarte. Imagínate un lugar donde las diferencias no se ven a través de lo que tenemos entre las piernas o la fuerza física que poseemos, sino en lo que somos capaces de crear, de sentir, de compartir. Un lugar donde todos somos iguales no por nuestra apariencia, sino por la esencia que nos mueve. Porque, ¿qué somos, Pipi, sino nuestra alma?*

*El pequeño frunció el ceño, procesando las palabras como si tratara de encontrar una respuesta en su interior.*

***H:*** *Pero... ¿si no hay hombres ni mujeres, entonces no somos nada? ¿Todo es igual?*

*El padre lo miró fijamente, como si quisiera alcanzar lo más profundo de la esencia del infante, para ofrecerle una respuesta que tocara algo más allá de lo lógico.*

***P:*** *No, hijo, no somos nada igual. Pero todo lo que somos es mucho más grande que lo que solemos ver. No importa si somos un cuerpo de hombre o de mujer. Lo que realmente importa es lo que cada uno trae dentro, lo que cada uno puede dar al mundo, lo que cada uno puede descubrir de sí mismo. Imagínate que, al nacer, todos traemos una chispa, un fuego interno, un potencial infinito. Este fuego no depende de ser hombre o mujer, no depende de la fuerza física. Depende de lo que decidimos hacer con esa chispa.*

*El infante, siempre con una mente aguda y directa, preguntó con una ligera sombra de duda.*

***H:*** *Entonces, ¿si no importa ser hombre o mujer, entonces no importa lo que somos en el exterior?*

***P:*** *Exacto. Lo que importa es lo que construimos por dentro, el ser que somos y el ser que decidimos ser. Los hombres, las mujeres, todos venimos del mismo lugar, y al final, todos regresamos a la misma esencia. La diferencia está en cómo decidimos vivir nuestra vida, cómo decidimos usar nuestras manos, nuestras palabras, nuestros corazones. ¿Qué harías si te dijera que la verdadera fuerza no está en los músculos, ni en la rapidez, ni en lo que nos dicen que debemos ser, sino en la capacidad de transformar el sufrimiento en sabiduría, el miedo en valentía?*

*El infante se quedó en silencio, tocando su propio corazón con las pequeñas manos, como si intentara sentir ese fuego al que hacía referencia su padre.*

***H:*** *¿Y cómo transformas el miedo en valentía, papá?*

***P:*** *La valentía no es la ausencia de miedo, Pipi. La valentía es saber que, a pesar del miedo, uno puede avanzar. Es como una semilla que crece en la oscuridad de la tierra. Nadie la ve, pero crece, crece hasta romper el suelo y llegar hacia la luz. El miedo es parte de la vida. Nos acompaña. Pero lo que realmente importa es lo que hacemos con él. Si decidimos dejarnos consumir por él, nos quedamos en la oscuridad. Pero si lo enfrentamos, lo abrazamos, entonces nuestra luz comienza a brillar más fuerte.*

*La criatura, asintiendo lentamente, parecía digerir las palabras de su padre, y con un tono de comprensión le preguntó.*

***H:*** *Pero, ¿por qué a veces las personas no entienden esto, papá?*

***P:*** *Porque el mundo nos ha enseñado a ver las cosas de una manera muy estrecha, Pipi. Nos han hecho creer que somos lo que vemos, que somos lo que se espera de nosotros. Pero, en realidad, somos mucho más que eso. Somos seres de luz, seres con infinitas posibilidades, con la capacidad de crear un universo entero dentro de nosotros. La gente olvida eso, porque tiene miedo de lo desconocido. Pero tú, hijo mío, nunca olvides que lo más importante no es lo que te digan que eres, sino lo que tú decidas ser.*

*El pequeño se acomodó en su lugar, sus ojos brillando con una mezcla de asombro y curiosidad.*

***H:*** *Entonces, ¿somos lo que decidimos ser?*

***P:*** *Sí. Tú eres lo que decides ser. No hay etiquetas que puedan definirte. Eres un ser humano, con todo el poder del universo dentro de ti. Y nunca dejes que nadie te diga lo contrario.*

*La criatura, con una sonrisa profunda y su pequeño corazón lleno de certezas nuevas, miró a su padre con un brillo especial en los ojos.*

***H:*** *Entonces, voy a ser todo lo que quiera ser, ¿verdad papá?*

***P:*** *Sí. Vas a ser todo lo que tu alma decida ser. Porque dentro de ti ya está todo lo necesario. Solo tienes que recordarlo.*

# MIEDOS

***Hay desafíos que nos generan desarrollo, crecimiento, pero sobre todo encontrarnos con nosotros mismos. ¿Por qué encontrarnos sino me perdí? Para encontrar algo debe estar perdido ¿no?***

***Pero si hay algo perdido ¿quiere decir que tuve algo?***

***¿Qué es ese algo?***

***H:*** *¡Papá! Si tuvieras que decir algo que te gustaría ser o que te hubiera gustado ser, ¿qué me dirías?*

*-sonriendo suavemente respondió*

***P:*** *Quise ser muchas cosas, Pipi... deportista, abogado, médico, cerrajero... tantas profesiones que parecían prometedoras en su momento. Pero cuando dices "me gustaría ser", en realidad es una forma de preguntar sobre las*

*posibilidades, ¿no? Porque lo que somos se construye también a partir de lo que pensamos, de lo buscamos. ¿Por qué me preguntas eso?*

*La criatura sentada en el piso de aquel pregunto con mirada seria*

***H:*** *Porque yo quiero ser deportista y ganar mucho dinero...*

***P:*** *(riéndose) ¡Qué lindo, Pipi! Recorda siempre que antes de todo eso, lo más importante es ser vos mismo. Podes soñar lo que quieras, pero nunca dejes que ese sueño te impida disfrutar del camino, de lo que haces en el momento presente. El dinero viene, pero lo que más importa es el viaje, no la meta.*

***H:*** *(mirando al padre con curiosidad) Papá, ¿jamás quisiste ser escritor?*

***P:*** *(con una leve nostalgia en la mirada) Sí... también pensé en ello, pero tenía miedo. Miedo a que mis palabras no pudieran capturar lo que sentía, a que no fueran suficientes para describir lo que llevaba dentro. No me animé a soñar con eso... (pausa) Pero con el tiempo entendí que el verdadero miedo no era escribir, sino no atreverme a ser yo mismo.*

*El infante, jugando con sus juguetes en el piso, levantó la mirada, sus ojos brillando con una mezcla de curiosidad y picardía.*

***H:*** *(riendo) Pensé que los papás no tenían miedo. Yo voy a cuidarte, papá. ¿A qué le tenías miedo cuando eras chico? ¿A los monstruitos?*

***P:*** *(sonriendo suavemente) Los papás tenemos muchos miedos, Pipi. Algunas veces, a la vida misma. A las decisiones que tomamos, a no ser suficientes... A veces le tenemos miedo al éxito, a fracasar, a reírnos de nosotros mismos. Incluso tenemos miedo a ser nosotros mismos, a mostrar lo que realmente somos. Esos miedos, hijo, se mezclan con los miedos a lo diferente, a lo extraño. A veces, esos miedos nos alejan de lo que realmente somos y queremos. Pero esos miedos no se comparan con los que otros han vivido... por ejemplo, mamá, tus tías, tus abuelas... ellos han tenido que lidiar con miedos que nosotros no podemos imaginar. Miedos simplemente por ser quienes son, por ser mujeres. Esos miedos son parte de su viaje. Ojalá que las*

*cosas cambien algún día, y que no tengan que sentir miedo al caminar solas por la calle...*

***H:** (con un aire pensativo) Papá, ¿vos escribiste alguna vez?*

***P:** (mirando al horizonte, como si reviviera un recuerdo) Sí... escribí lo mejor de lo mejor que he vivido. Escribí mi vida, Pipi. Es curioso, pero al principio no me di cuenta. No entendía que la vida misma era el mejor libro que podía escribir. Al final, me di cuenta que podía crear mi propia historia, que no necesitaba de otras voces para darme forma. Yo era el escritor de mi propio destino, el protagonista, el director... Y fue, por mucho, la aventura más grande que he vivido. No siempre fue fácil. Pero, con el tiempo, entendí que lo importante no era el final, sino cada uno de los momentos, cada palabra que decidí colocar en este viaje llamado vida. Y dentro de esa historia, Pipi, estás vos... eres parte de lo mejor que me ha pasado. Eres la página que más aprecio en este libro que sigo escribiendo.*

***H:** (sonriendo, con una luz en sus ojos) Entonces... ¿escribimos juntos, papá?*

***P:** (mirándolo con ternura respondio) Claro que sí. Cada día, escribimos juntos. Cada momento que compartimos es un capítulo más. El viaje que compartimos, cada risa, cada pregunta, cada miedo y cada sueño... todo eso es parte del libro más hermoso que estamos creando. Y nunca olvides, Pipi, que tú eres el protagonista de tu propia historia. Siempre vas a escribir lo que tú decidas. Y eso es lo más hermoso de todo.*

# FLUIR

***Ese ser que se eleva por arriba del egoísmo, lleva consigo el levitar de la esencia que lo caracteriza.***

***Dejar que nos pregunten es habilitar a que se abra una hoja de la ventana para el conocimiento, responder es en parte habilitar la otra hoja de la ventana para que nos conozcan.***

*-Con voz risueña y llena de inocencia se escuchó una voz preguntar*

***H:****¡Papá! No me salen las vueltas mortales… ¿las hacemos juntos?*

*(La criatura se levanta con entusiasmo, con sus ojos brillando de curiosidad y un leve toque de asombro.)*

***P:*** *(Con tono pausado y meditativo) Claro, Pipi, pero un ratito, ¿dale? Papá está trabajando. Las vueltas mortales son como una danza con el destino: se aprenden con práctica y con el tiempo. Son como esos pasos de baile que nos enseñan a fluir en la vida.*

***H:*** *(Con energía infantil) Bueno, entonces, ¡vamos a practicar!*

***P:*** *Espera un momento. Voy a traer el colchón a la terraza para hacerlo juntos. Recordá, Pipi, que papá ya está grande y hay cosas que se hacen más despacio. Voy a intentarlo, pero no te prometo que lo haga perfecto.*

*(Mientras el padre se mueve a preparar el espacio, el infante se sienta en el piso y observa cada gesto, moviendo la cabecita en señal de asombro y aprobación.)*

***H:*** *(Explicativo, imitando lo que ha visto procede a una explicación) Mirá, papá: vos apoyás una mano así y girás; después tomás impulso y caés controladamente. ¿Ves? Yo te muestro cómo se hace.*

***P:*** *(Con orgullo y reflexión) Ahí te salió, Pipi. ¿Por qué me dijiste que no te salían? Yo veo que lo haces muy bien.*

***H:*** *(Con un toque de frustración infantil) Sí, ahora me sale, pero cuando quiero hacer varias seguidas, se me descontrola.*

***P:*** *(Mirándolo con ternura y serenidad) Tal vez debés dejar que todo fluya, Pipi. La vida, como una danza, tiene su propio ritmo. Con paciencia y práctica, vas a encontrar el compás que te permita seguir la melodía del momento. Es como cuando el río no se resiste al camino y se rinde, dejándose llevar hacia el mar.*

*(El pequeño frunce el ceño, tratando de descifrar esas palabras tan grandes para su corta edad.)*

***H:*** *(Con voz temblorosa de asombro) Paaaa, mirá cómo te miro… ¡no entiendo cuando hablas tan difícil! ¿Fluir? ¿Qué significa eso?*

***P:*** *(Pausado, mirando al horizonte con ojos llenos de reflexión) Fluir, Pipi, es dejar que la vida se mueva sin resistencia. Es permitir que cada instante se despliegue como una pincelada en el lienzo del tiempo. Significa dejar ir lo que nos frena y abrazar el cambio, como el sol que se eleva cada mañana sin esperar nada a cambio.*
*(Con una sonrisa enigmática) Es, en definitiva, dejarse SER… sin máscaras ni límites, simplemente viviendo cada segundo con intensidad y apertura.*

*(El pequeño se encoge de hombros, con la mirada inocente y curiosa, mientras intenta captar el significado de aquellas palabras profundas.)*

***H:*** *(Con voz suave y sincera) Papá, a veces yo solo quiero abrazarte... o que me abraces. ¿Será eso fluir? Porque ese deseo lo siento muy adentro, sin explicaciones.*

***P:*** *(Acercándose y colocando suavemente su mano en el hombro de aquella criatura expreso con un suspiro de por medio) Tal vez, ese abrazo, esa cercanía que sentimos, sea una forma de fluir. Es como cuando dos ríos se unen y se convierten en uno solo, sin perder la esencia de cada uno. En cada abrazo, encontramos la conexión con nuestro ser más profundo, y eso, Pipi, es lo mágico de dejarse llevar.*

*(Se crea un silencio breve, cargado de una paz que parece detener el tiempo, donde padre y retoño sienten la presencia del universo en un simple gesto.)*

***P:*** *(Con voz aún más pausada y reflexiva su padre intenta hablar) Cada vuelta mortal, cada paso que damos, es un recordatorio de que el camino se construye poco a poco. Fluir es dejar que la mente se libere, como el viento que acaricia las hojas, y al mismo tiempo, vivir con la intensidad de quien sabe que cada instante es un regalo. Es encontrar en cada error y en cada acierto la esencia de lo que somos.*
*(Con un suspiro leve) Es, en definitiva, un viaje hacia lo interior, donde cada movimiento nos enseña algo sobre la vida, la alegría, y hasta la tristeza.*

***H:*** *(Con la voz llena de inocencia y asombro) Entonces, ¿fluir es como dejar que la vida me abrace y me enseñe a ser feliz?*

***P:*** *Exacto, Pipi. Fluir es dejar que la vida te sorprenda, es dejar que cada día te revele un poco más de quién eres. Y mientras practiquemos juntos, en cada vuelta y en cada abrazo, descubriremos que lo más importante es aprender a bailar con el tiempo, sin miedo y con el corazón abierto.*

*(Ambos se miran, conectados por esa profunda verdad que se transmite en cada gesto y palabra, listos para seguir explorando el ritmo de la vida.)*

# SER DE ESCAMAS

***Cubrirnos para defendernos, cubrirnos para seguir adelante pero no cubrirnos para dejar de ser… que nuestros mecanismos de defensa sean para rechazar aquello que no soy, pero no para dejar de aprehenderme, de conquistarme…***

***H:*** *(Con voz soñadora y llena de inocencia) Papá, me gustaría ser un pez para nadar en el mar muy profundo. Sería un tigurón grande, grande y nadaría muchísimo.*

*(El pequeño mueve sus manitas en el aire, como si ya imaginara el vasto océano.)*

***P:*** *(Con tono pausado y reflexivo) Pipi, si fueras pez, solo estarías en el agua. No podrías salir a la playa, andar en bicicleta ni hacer deportes en tierra. En teoría, te limitarías a ese mundo acuático.*

*(El pequeño levanta la cabeza, con una mezcla de picardía y asombro en sus ojos saltones.)*

***H:*** *Pero, papaaaa, ¡no es para tanto! Es solo un juego. ¿Por qué los peces tienen escamas y nosotros no? Y si tuvieras que elegir un pez, ¿cuál serías?*

*(El padre se recuesta un instante, mirando al horizonte como si buscara respuestas en el vaivén de las olas.)*

***P:*** *Mmmm… Supongo que las escamas son su armadura natural, esenciales para su supervivencia, crecimiento y desarrollo. La verdad es que no sé todo sobre peces, pero imagino que su vida depende de ellas. Yo, por ejemplo, tal vez sería un pez payaso... (Ríe suavemente) porque, ¿por qué no? A veces, la alegría se refleja en lo más inesperado.*

*(El pequeño estalla en risas y, con tono burlón, pregunta con su voz aguda.)*

***H:*** *Jejeje, ¿y por eso vas a tener una nariz de payaso, papá?*

*(El padre ríe con ternura y se sienta junto al pequeño, invitándolo a compartir un momento de complicidad.)*

***P:*** *No, Pipi. La nariz de payaso sería solo parte del disfraz de ser divertido. Pero pensa: nosotros no tenemos escamas como los peces, porque vivimos fuera del agua. Cuando juego, solo  me salen tierra de las uñas.*

***H:*** *(Con mirada curiosa) Pero papá, ¿seguro que todos los peces tienen escamas? Porque un tigurón, por ejemplo, no las tiene, ¿o sí?*

***P:*** *(Asintiendo con una sonrisa) Buena observación, Pipi. No todos los animales acuáticos tienen escamas. Esa diversidad hace que el mar sea tan hermoso y lleno de vida.*

*(El padre hace una pausa, y con voz suave y casi en secreto, empieza a compartir una reflexión más profunda.)*

***P:*** *A veces, siento que yo también tengo escamas, pero no las de un pez. Esas escamas son como capas que me cubren y me protegen, pero que a la vez me separan de mi verdadero SER. Cada vez que escarbo en mi interior, trato de desprenderme de ellas, aunque sea doloroso. Es un proceso de autodescubrimiento en el que soy al mismo tiempo paciente, médico, filósofo... y, a veces, hasta contador de mis propias emociones.*

*(El pequeño observa al padre, con sus grandes ojos, intentando comprender la magnitud de esas palabras.)*

***H:*** *(Con voz temblorosa, llena de asombro) ¿Entonces, sacudir esas escamas es como descubrir quién sos de verdad, papá?*

***P:*** *Exacto, Pipi. Sacudir las escamas es un proceso agridulce, donde poco a poco se revela lo que realmente somos. Es como si, al quitarnos esos miedos e inseguridades, nos encontráramos con nuestro ser auténtico.*

*(El padre sonríe, mirando al infante con ternura y complicidad.)*

***P:*** *Y volviendo a tu pregunta, si tuviera que elegir qué pez ser, me gustaría ser ese pez evolucionado que está en constante conexión consigo mismo, que sabe quién es en lo más profundo. Las escamas que nos protegen, que nos han permitido sobrevivir en este mundo, a veces se convierten en barreras que nos impiden mostrarnos tal como somos. Pero también nos recuerdan que debemos asumir nuestras responsabilidades, sin escondernos tras ellas.*

*(El pequeño asiente, su mirada inocente brilla con la fascinación de descubrir nuevos mundos de ideas.)*

***H:*** *(Con una sonrisa sincera) Papá, entonces, ¿lo importante es descubrirnos y dejar que nuestro ser brille, como un pez que nada libre en el mar?*

***P:*** *(Con voz cálida y reflexiva) Así es, Pipi. En este viaje de la vida, cada uno debe aprender a nadar en sus propias aguas, a desprenderse de lo que ya no le sirve, y a vivir con autenticidad. No importa si llevamos escamas o no, lo esencial es que, en cada movimiento, en cada error y en cada acierto, descubramos la verdad de nuestro ser.*

*(Ambos se miran, compartiendo un instante en el que la inocencia se funde con la sabiduría, como si en ese pequeño diálogo se encontrara la esencia misma del vivir.)*

# BACHES

***El o los caminos que recorremos son únicos, algunos presentan agujeros, piedras, arena, tierra… pero hay uno que nos sienta mejor que todos ¿Qué tiene ese camino que elegiste transitar?***

***P:*** *Pipi, ayer estaba pensando en algo que me comentó un amigo hace tiempo. Algo que, en ese momento, no le di mucha importancia, pero que, con el paso del tiempo, se me reveló como algo muy interesante.*

*(El padre habla con voz pausada y mirada distante, como si reviviera un recuerdo profundo.)*

***H:*** *(Con voz dulce e inocente) Ok, acá estoy escuchando, papá.*

***P:*** *Sabés, muchas veces, cuando alguien me cuenta algo, me distraigo como vos en el colegio cuando los docentes explican... se me pasa todo, pero en realidad, es la forma en que el alma absorbe la vida.*

*(El retoño frunce el ceño con curiosidad y, al mismo tiempo, sonríe tímidamente.)*

***H:*** *Puede ser, papá. Aunque a veces, quiero concentrarme y no puedo… pero está bien. (Mira a sus soldaditos esparcidos en el piso.) Estoy jugando ahora con los soldaditos. ¿Querés jugar? ¿Vos tenías amig@s cuando eras chiquito?*

*(El padre se queda un instante en silencio, recordando.)*

***P:*** *Tuve algunos amig@s, no muchos, pero los tuve. Aunque debo decir que en mi niñez fui bastante solitario.*

***H:*** *Ahhh, bueno. (Tras una pausa llena de inocente reflexión) ¿Vamos a jugar o, mejor, me lees un cuento?*

***P:*** *(Con una sonrisa cálida) Dale, te leo un cuento y mañana jugamos, ¿te parece?*

***H:*** *¡Sí! Quiero jugar fútbol, a los soldaditos, a las escondidas… ¡y muchas aventuras!*

***P:*** *Perfecto, pero también hay que estudiar un poquito, ¿no? Ahora te contaré una historia. Es la historia de alguien con una sensibilidad muy profunda, que ve su vida de una manera muy particular. Hay muchos personajes en ella, y el protagonista, bueno, lo descubrirás al final.*

*(El padre se acomoda en su silla mientras la criatura se sienta en el alféizar, expectante.)*

***P:*** *Imagina que la vida es como un camino lleno de altibajos, de baches que aparecen de repente. Cuando creés que todo anda sobre rieles, de pronto te topás con un bache. No es para asustarse, es solo parte del viaje. Un amiguito le decía a su compañero en el colegio...*

***H:*** *(Inocente y curioso) Papá, ¿qué es un bache?*

***P:*** *Es como un agujero en la tierra, algo que te hace tropezar. Pero esos baches, Pipi, no son solo accidentes; son lecciones, pequeños empujones de la vida que nos mueven de un lado a otro.*

*(El padre hace una pausa, dejando que la imagen del camino se asiente en el ambiente.)*

***P:*** *Imaginate que cada bache es como una semilla de fe que, al caer, nos impulsa a crecer. Si te detuvieras un momento y mirás atrás sin perder de vista el presente y el futuro incierto, te darías cuenta de que nunca has estado exento de ellos. Sin esos baches, no serías la persona que sos hoy.*

*(El retoño asiente lentamente, con la mirada fija, como si intentara captar ese mensaje profundo.)*

***P:*** *Te cuento otra parte: Ese amiguito le decía a su compañero que había vivido muchos baches en su vida. Algunos eran baches de pérdida, donde el caos y el dolor se mezclaban con la fragilidad del ser, pero también con el placer de descubrir que, en la dualidad de la vida, somos a la vez débiles y fuertes. En esos momentos, uno se da cuenta de que necesita a alguien, de que el abrazo de otro es el bálsamo que sana.*

***H:*** *(Con voz suave y llena de asombro) ¿Y vos, papá? ¿Tenés algún bache que te haya hecho descubrir algo grande?*

***P:*** *(Con un brillo nostálgico en los ojos) Sí, Pipi. Hubo baches en mi adolescencia, en mis estudios, en mis amistades... incluso el amor, en sus formas más complicadas, trajo sus propios baches. Pero, ¿sabés qué es lo más maravilloso? Que uno, al superar cada uno, descubre quién es en realidad. Ese bache especial, que me enseñó a reconocerme, me mostró la fuerza oculta en mi interior.*

*(El pequeño, con sus ojos grandes y llenos de inocencia, mira al padre como si en él residiera todo el misterio del mundo.)*

***P:*** *Cada bache, cada tropiezo, forma parte del éxito de este viaje en el mundo que llamamos Tierra. Son como pequeñas señales que nos dicen: “Acá estás, creciendo, aprendiendo, avanzando hacia tu verdad.”*

*(El ambiente se llena de una calma casi sagrada, mientras padre e infante comparten ese instante de revelación.)*

***H:*** *(Con una sonrisa tímida) Entonces, papá, ¿los baches son parte de ser fuerte? ¿De descubrir quién soy?*

***P:*** *Exacto, Pipi. Los baches nos empujan a descubrir lo que llevamos adentro, a encontrar ese SER auténtico que se oculta tras miedos y dudas. Son, en esencia, el pulso de la vida que nos hace avanzar, a pesar de todo.*

*(Aquella criatura asiente lentamente, absorbiendo cada palabra con la claridad de su inocencia, mientras el padre continúa su relato con voz pausada y reflexiva.)*

***P:*** *Así, en este viaje de la vida, cada tropiezo y cada abrazo que nos reconforta son parte del mismo camino. Nos enseñan a ser resilientes, a aprender y a amarnos a nosotros mismos y a los demás. Porque, al final, los baches hacen al éxito de ver quiénes somos realmente y hacia dónde queremos ir.*

*(El diálogo se disuelve en un tierno silencio, donde la inocencia del niño y la experiencia del padre se funden en una comprensión compartida del viaje de la vida.)*

# EL TIMBRE

***Hay sonidos que nos invitan a pensar, a descansar. Hay sonidos que nos invitan a divertirnos, a hacer pausas, a cambiar lo que estamos haciendo para empezar algo o continuar algo. Hay sonidos que nos incomodan y nos sacan de nuestra zona de confort… bienvenida incomodidad ¿Qué te invita a hacer el día de hoy?***

***H:*** *(Con voz suave y curiosa) Papá, ¿los papás se ponen tristes? Porque a veces me siento triste, pero otras veces estoy feliz.*

*(El pequeño mira al padre con esos ojitos llenos de inocencia, mientras juega distraídamente con su dedito.)*

***P:*** *(Con tono tierno y pensativo) ¿Qué cosas te ponen triste, Pipi? Yo casi nunca te veo triste cuando estamos juntos.*
*(Con la mirada perdida en algún rincón de sus recuerdos, el padre se detiene a meditar.)*

***H:*** *(Mordisqueando suavemente su dedito y mirando de lado a lado) Me entristecen cosas como que vos y mamá no vivan juntos, que el abuelo se haya ido al cielo, y que a veces veo que otros nenes no tienen para comer.*

*(El padre asiente lentamente, sintiendo el peso de esas palabras en su corazón.)*

***P:*** *¿Y qué cosas te hacen sentir feliz o te llenan el corazón de alegría?*

***H:*** *(Con voz tímida y sincera) Me hace feliz cuando jugamos, cuando me lees un cuento, cuando me abrazas. Esos momentos me hacen sentir que todo está bien.*

*(El padre baja la voz y, con una mirada llena de amor, se confiesa en un susurro casi al viento.)*

***P:*** *A veces, Pipi, papá no te dedica tanto tiempo como quisiera, y eso me pone triste. Porque también, los papás podemos sentir tristeza. ¿Ves? No solo hay risas en este camino, también hay momentos en que el alma se entristece.*

*(El niño asiente lentamente, como si cada palabra fuese una pequeña luz que ilumina su entendimiento.)*

***H:*** *(Con una sonrisa tenue) Sí, papá. Pero me gusta cuando me abrazás y me decís “te amo”. Me dijiste que, aunque sea poco tiempo, es nuestro tiempo, y es el que más me gusta.*

***P:*** *(Con voz emocionada y nostálgica) ¿Y cómo recordás eso, Pipi? Hace mucho te lo dije...*

***H:*** *(Con voz suave y serena) Porque te escuché, papá.*

*(El padre sonríe con lágrimas en los ojos, sintiendo lo mágico en esa simple certeza.)*

***P:*** *¡Me haces llorar, Pipi! (Pausa, mientras respira hondo) Sabés, cada día aprendo algo de vos. Este camino que llamamos vida, con sus idas y vueltas, me enseña la sencillez de lo que realmente importa. Me mostras que, más allá del dinero, está el amor… ese amor de ser y hacer, de compartir y de crecer.*

*(El ambiente se llena de un silencio profundo, en el que las palabras flotan como hojas al viento.)*

***P:*** *Los papás y las mamás también nos ponemos tristes, Pipi. No podríamos conocer la tristeza sin haber sentido la felicidad. Es como los timbres del colegio que nos dicen: "Es hora de parar y reflexionar". Cada emoción, ya sea risa o llanto, es parte de este viaje, de aprender quiénes somos y hacia dónde vamos.*

*(El infante abre los ojos, tan grandes y atentos, intentando captar la belleza de esa explicación.)*

***H:*** *(Con voz inocente y un poco perpleja) Papá, no entiendo muy bien lo que me decís…*

***P:*** *(Con voz serena y cálida) Te estoy mostrando que la vida es un camino de sencillez, de naturalidad, de genuinidad. Que lo que sentimos no se mide en cosas materiales, sino en la profundidad del corazón. Cuando nos ponemos tristes o felices, es como si el universo nos recordará que somos seres en constante aprendizaje, que cada emoción nos ayuda a crecer y a descubrir nuestro verdadero SER.*

*(Ambos se quedan en silencio unos instantes, dejando que la verdad de esas palabras se asiente como una brisa suave que acaricia el alma.)*

***Apropiarse de uno mismo, es el mayor logro que uno puede alcanzar en esta vida. ¿Cuántas conquistas lograste?***

***en esas conquistas hay ganancias, y pérdidas que se convierten en triunfos y derrotas que se convierten en lo que tú deseas que se transformen***

P: (Con voz suave y llena de reflexión) Pipi, anoche, mientras dormías, estaba pensando en nuestras vidas. Recordé cosas que muchas veces escuché o que me pasaron a mí. Vi en la tele un informe de cuando el hombre llegó a la luna, y ahora… ¡imagina! Viajamos a Marte.

*(El padre mira hacia el techo, dejando que el silencio sostenga la reflexión. Luego, se acaricia la cabeza, como buscando en sus propios pensamientos.)*

H: (Con voz tímida y curiosa) ¿Te gustaría viajar a la luna, papá? A mí no, me dan miedo las alturas.

*(El pequeño levanta sus manitas, intentando expresar esa emoción a través de su inocente comentario.)*

P: (Con una sonrisa melancólica) A mí tampoco, Pipi. Pero mientras pensaba, me di cuenta de algo más… Pretendemos conquistar Marte, pretendemos conquistar la luna, y sin embargo, no podemos conquistarnos a nosotros mismos. No podemos vencer esas debilidades que nos dañan y que, a veces, hacen daño a otros.

*(El padre hace una pausa y mira al pequeño, como compartiendo un secreto profundo.)*

P: Muchas veces buscamos conquistar la vida de otr@s, dar consejos, arreglar lo que vemos en los demás, sin siquiera conquistar la nuestra. ¿Para qué?

¿Por qué es más fácil intentar cambiar a otro que a mí mismo? Creo que sí, lo es.

*(El padre se detiene un momento, dejando que las palabras cuelguen en el aire.)*

P: Para conquistar mi vida necesito valor. Valor para sumergirme en las profundidades del mar donde apenas llega la luz; para sentirme vulnerable y admitir que, a veces, me encuentro solo, sin nadie a quien recurrir más que a mi alma desnuda. Es más fácil conquistar la vida de otro que enfrentar la mía.

*(El pequeño observa, con los ojitos muy abiertos, tratando de captar la magnitud de la idea.)*

P: Conquistar mi vida es como ver mi alma deshacerse y luego volver a armarse. Es sentir un amor tan profundo que trasciende el mero sentir. Es llorar, reír, gritar… es ir más allá de lo que creíamos ser.

*(El padre respira hondo, y su voz se vuelve casi un susurro lleno de sinceridad.)*

P: Por eso, hijo, siempre he deseado y siempre conquistaré mi VIDA, porque ese proceso es único y solo lo entiende quien se atreve a conquistarse a sí mismo. Cada tropiezo y cada abrazo en este viaje me enseñan a ser mejor.

*(El pequeño, con la inocencia de sus cinco años, mira a su papá con una mezcla de asombro y comprensión, como si en ese instante se abriera un pequeño portal hacia algo muy grande.)*

H: (Con voz suave y un poco perpleja) Papá, ¿vos creés que se puede cambiar de verdad? ¿Conquistarse a uno mismo?

P: (Asintiendo con ternura) Sí, Pipi. Cada día es un nuevo capítulo en este viaje. Aunque a veces la oscuridad nos asuste, es en esa oscuridad donde se enciende la luz más pura de nuestro ser. Aprendo, a cada lágrima y a cada risa, a descubrir quién soy realmente.

*(Ambos se quedan en un silencio lleno de significado, donde la experiencia del padre y la inocencia del niño se funden, dejando una promesa de autodescubrimiento y amor en el camino de la vida.)*

# FALLAS

***Cada caída sucede por algo, significa algo. Cada caída acontece en un tiempo y espacio determinado… ¿Cuántas fallas/caídas tuviste? ¿en qué momento fueron? Sin dudas marcaron tu ser, algunas veces de manera consciente y otras de manera inconsciente, pero marcaron tu ser, para descubrirte o para cubrirte.***

*P: (Con voz pausada y mirada distante) Hijo, a veces siento que fallo. Siento que la vida es un caos, que no avanzo ni retrocedo. Sé que eso es imposible, porque todo está en constante movimiento. Pero cuando me detengo a pensar, me invade una tristeza profunda que me hace preguntarme: ¿para qué estoy acá?*
*(Hace una pausa, dejando que el silencio lleve consigo la incertidumbre.)*

*Cuando te miro, esa pregunta se ilumina con respuestas, aunque a veces aún queden dudas. Los problemas que enfrentamos, o los conflictos que nos imponemos, me hacen cuestionar: ¿en qué estoy fallando como ser humano? ¿En qué estoy fallando como papá en este sistema tan complejo? Lloro en noches silenciosas y río en momentos fugaces, pero debes saber que, como papá, también tengo mis momentos de sombra, momentos en que las preguntas se acumulan y el alma se siente desnuda.*

*(Baja la voz, casi en un susurro lleno de sinceridad.)*

*Tal vez no es que yo falle, sino que el sistema, o incluso mi incapacidad de abrazarlo por completo, me hace sentir esa carencia. Pero yo no fallo, hijo. Fallaría de verdad si en algún instante no te amara, si no encontrara en tus risas y juegos la razón para seguir adelante.*

*(El padre toma una profunda respiración y, con preocupación, pregunta.)*

*H: (Con voz dulce e inocente, mirando con sus grandes ojos) ¿Por qué no te toman en los trabajos, papá? Yo veo que sos muy bueno. ¿Entonces, fallar es algo malo?*

*(El pequeño escucha, con la sencillez y curiosidad que solo la niñez posee.)*

*P: No, Pipi, fallar no es malo...*
*(Se sientan juntos, sumidos en un silencio que invita a la reflexión.)*

*H: Pero si vos fallas, ¿no conseguís trabajo?*

*(El padre sonríe con melancolía y prosigue, buscando en su interior las palabras que curan.)*

*P: Escuchá, Pipi. Las fallas, para mí, son parte del proceso de superación. Son los tropiezos que nos empujan a crecer, a evolucionar hacia lo que llamo el SER HUMANO en su forma más auténtica. Sin fallas, no habría aprendizaje; cada error es una semilla que, al germinar, nos acerca a una perfección inacabada.*
*La verdadera dificultad no está en caer, sino en quedarnos sin levantarnos para cambiar aquello que hiere a otros, que nos hiere a nosotros mismos.*

*(Hace una pausa, dejando que el peso de sus palabras se asiente en el aire.)*
*Lo que duele no es fallar, sino creer que, por ello, no valgo o que debo victimizarme. Puedo perder un trabajo, ser rechazado o enfrentar burlas, pero*

*no voy a dejar de luchar, porque sé lo que realmente anhelo: encontrarme conmigo mismo, amarme y, sobre todo, amarte a vos.*

*(El ambiente se impregna de un silencio cargado de significado, donde cada palabra es un eco en el alma.)*

*H: (Con voz suave y llena de inocencia) ¿Vamos a dormir, papá?*

*(El pequeño cierra los ojos, buscando en esa pregunta la calma que le promete un nuevo despertar, mientras el padre, con una mirada de esperanza, asiente lentamente.)*

# DIBUJAR

***Hay líneas en el dibujar, que por más que se traten de ocultar siempre estarán… ¿Cuáles o cuál es la línea que te marca?***

***Nos encontramos con situaciones que trazaron nuestra vida, situaciones en donde las lineas de aquel dibujo dejaron sus respectivas cicatrices, ¿que dejaron algún aprendizaje? vos dirás…***

*P: (Con voz emocionada y mirada perdida en sus propios recuerdos) ¿Quién iba a pensar que alguien como vos podría enseñarme? ¿Quién iba a imaginar que, con tu manera tan singular de pintar, podrías hacerme replantear mi vida? Todo es tan loco, tan inesperado y repentino, que apenas puedo empezar a imaginarlo.*

*(El padre se queda en silencio, como si las palabras de su hijo encendieran en él una chispa de reflexión profunda.)*

*H: (Con tono inocente y con un brillo travieso en los ojos) ¡Mmm, sí, porque yo sé dibujar!*

*(El pequeño sonríe, con esa confianza propia de la niñez que desconoce límites.)*

*P: Te confieso algo, Pipi. Yo no sé dibujar, jamás pude aprenderlo. Así que aprendí a dibujar mi vida... y, en particular, una sonrisa. No se leer bien, pero aprendí a escribir mi historia. No sé de historia, me cuesta, y por eso creé la mía propia. No sé matemáticas, pero aprendí a contar mi relato. No sé de medicina, pero aprendí a curar mis heridas. No sé cantar, ni economía, ni filosofía, ni física… pero sí sé vivir lo que llamo VIDA. Quizá no pueda enseñar muchas cosas, pero también creo que jamás es tarde para aprender, para jugar, para crecer.*

*(Con delicadeza, el padre se acaricia la cabeza, como intentando conectar con esa enseñanza interna.)*

*P: (Continuando, con voz suave y reflexiva) Cuando las oportunidades son escasas, uno aprende a dibujar la vida de la mejor manera posible, aun cuando, a veces, no se pueda borrar del todo lo que salió mal. Uno dibuja su sexualidad, tal como lo hice yo al aceptar mi heterosexualidad; uno pinta la comida que cree saludable o diseña una dieta cuando no alcanza para comer; uno esboza su felicidad creyendo que consiste en reír todo el tiempo, o dibuja un trabajo soñado cuando en realidad lo que anhela es llenar el vacío de la ausencia. Y lloro por ello.*

*(El padre baja la voz, dejando que el silencio se haga cómplice de su revelación.)*

*P: Cada trazo equivale a una lección, a un tropiezo que, en vez de hundirme, me impulsó a reconstruirme. Dibujo, hijo, para transformar el sufrimiento en aprendizaje. No se trata de castigar ni de esperar que otros sufran; se trata de encontrar en cada error la semilla de la superación, de reconocer que, si no conquisto mi propia vida, jamás podré entender a los demás. Levanté lo más valioso que pude: mi rol de padre, y mis "títulos" en amor, templanza, paciencia, empatía y solidaridad.*

*(El ambiente se impregna de un silencio sagrado, en el que padre e hijo se miran, compartiendo la esencia de este proceso transformador.)*

*H: (Con voz suave y mezcla de asombro y ternura) ¿Te acordás de cuando dibujamos juntos, papá? ¿Los paisajes, los colores que elegíamos? ¡Yo lo recuerdo!*

*P: Sí, hijo, dibujamos paisajes y pintamos juntos nuestro rol de paternidad. En cada trazo transformamos las dificultades en oportunidades. Pero me pregunto: ¿es necesario sufrir tanto para crecer?*
*(Pausa, mientras sus ojos recorren el horizonte invisible de sus recuerdos.)*
*El crecimiento, el desarrollo, radican en descubrir las posibilidades de ser. Cada error, cada dibujo que no salió como esperábamos, nos enseña a reconstruirnos, a reinventarnos. Aprendí a dibujar para concretar, para plasmar mi verdad, y cada trazo, aunque imperfecto, es testigo del viaje hacia mi SER.*

*(El padre cierra los ojos unos instantes, y en ese silencio se escucha el palpitar del alma.)*

# VIDA

***Hay circunstancias que van más allá del diario vivir en algunas ocasiones ¿no?***

***Con solo mirar podemos comunicar en parte nuestro sentir y en parte nuestro pensar. Los matices que nos constituyen tienen una gama amplia de colores pero hay algunos que prevalecen sobre los demás.***

*P: (Pensativo, mirando al vacío mientras se acomoda en el sillón) A veces dicen que la vida nos da segundas oportunidades, ¿sabés? Lo he escuchado muchas veces. Pero, tal vez, en realidad, la vida solo nos da una oportunidad.*

*La gran oportunidad está aquí, en este instante. Y, tal vez, del otro lado, habrá más, pero esta, la que estamos viviendo ahora, es la que realmente podemos tocar y sentir. Cada respiración, cada latido, es esa oportunidad.*

*(Mientras juega con sus juguetes, el niño detiene su acción y, pensativo, se acerca para preguntarle al padre. Su pequeño gesto al tocarse la mejilla refleja la concentración de quien está procesando una gran cantidad de información.)*

*H: (Curioso, pero sin perder su tono infantil) Papá, ¿cuándo voy a crecer para entender lo que me decís? Mamá me dijo que hiciera esto… (pausa) ¿Cuánto es 2 x 2? Yo te escucho mientras respondes…*

*P: (Sonríe con ternura, sintiendo la profundidad de la inocencia en la pregunta) Gracias por quedarte, pensé que ya te habías quedado dormido. Bueno, dicen que 2 x 2 es 4, Pipi. Pero… ¿será así?*
*(Pausa profunda mientras observa a su hijo con una mirada distante, como si estuviera mirando más allá de su presencia.)*
*La vida es este milagro tan misterioso, tan cierto y tan incierto al mismo tiempo. Es tan ambiguo, que me genera más preguntas que respuestas. A veces siento que no sé ni a quién hablo cuando hablo. Pero, al mismo tiempo, siento que hablo con algo mucho más grande que nosotros dos, con algo que nos conecta, con algo que es todo y, a la vez, nada. Ese algo que está más allá de las palabras.*

*P: Vivimos, morimos, volvemos a morir, y volvemos a vivir. Y cada vez que muero, siento que no es una despedida definitiva, sino un paso hacia algo más. Algo que no puedo ver, pero que siento en el fondo de mi ser. La muerte no es un problema en sí, es solo una transición. Una transición hacia una conciencia más amplia, más profunda. Tal vez morimos muchas veces en vida, para renacer en algo nuevo, en algo más cercano a nuestra esencia, a nuestro espíritu.*

*(Hace una breve pausa, como si estuviera procesando algo que va más allá de lo humano.)*

*P: Nacemos para perder, y perdemos para encontrarnos con nuestra verdad. Y al encontrarnos, vemos más allá de lo físico, más allá de lo que los ojos pueden captar. Perder no es derrotar. Es crecer. Es permitir que una parte de nosotros se disuelva para dar paso a algo más puro, más auténtico. Las pérdidas nos enseñan a soltar lo que ya no sirve, para recibir lo que está esperando ser abrazado. A veces, la vida nos lleva por caminos dolorosos para enseñarnos el valor de la presencia, del ser, de la conexión. Cada pérdida, en realidad, es una ganancia en el camino del alma.*

*(El padre deja que sus palabras floten en el aire, mientras observa la pequeña figura de su hijo con una ternura profunda.)*

*P: Esa es la danza de la vida. Cada paso que damos nos acerca a lo que realmente somos. Es un constante fluir, un cambio perpetuo, una transformación que nunca deja de sorprendernos. El universo entero nos acompaña en este viaje, nos susurra en cada latido del corazón. La vida no es solo física, no es solo materia. Es energía, es espíritu, es conexión. Y solo cuando aprendemos a escuchar, realmente a escuchar, podemos entender lo que somos.*

*P: Cada respiración es un regalo, cada latido es una señal de que estamos aquí por una razón. No hay equivocación en la vida, hijo. Todo lo que vivimos, lo que perdemos y ganamos, es parte de un plan, de un proceso que va más allá de lo que podemos comprender con nuestras mentes. Lo único que necesitamos es confiar en lo que somos, en lo que venimos a ser.*

*(Pausa. El padre se acomoda, y su rostro refleja una mezcla de cansancio y reflexión.)*

*H: (Bostezando mientras se acomoda en su lugar) Mmmmm, ¿entonces 2 x 2 es 4, papá?*

*P: (Riéndose suavemente) Jajaja, sí, dicen que sí. Aunque, quizás 2 x 2 no sea solo 4… tal vez sea 4, 8, 16, dependiendo de cómo lo miremos. Y tal vez, Pipi, en algún momento lleguemos a entender que el verdadero valor de todo está más allá de lo que los números dicen.*

# ACIERTOS

***¿Qué son los aciertos sino solo equivocaciones o fallas de otros devenidos en acciones que nos hacen mejores o peores?***

***Pensar solo estos como condiciones del azar,le quita a la vida aquello que: somos un constructo a través del tiempo en materia de adquisición pero no en términos de esencia de nuestro SER.***

*P: (Pensativo, su mirada se pierde en algún punto invisible, como si intentara descifrar un enigma antiguo) He escuchado tantas veces las mismas frases, las mismas palabras vacías que la gente repite sin pensarlo, como ecos que rebotan en las paredes del tiempo. Y me pregunto, ¿en qué momento esas palabras dejan de ser ajenas y se convierten en parte de nosotros? Como si fueran semillas que alguien arrojó en nuestra mente sin que nos diéramos cuenta, y un día descubrimos que han echado raíces en nuestro interior.*

*(Pausa. Mira a su hijo, que juega en silencio, ajeno a sus pensamientos, pero presente de una manera inexplicable, como si su sola existencia le diera sentido a todo.)*

*P: Creo que nuestros actos son como esas frases heredadas. Se repiten una y otra vez, hasta que un día nos damos cuenta de que hemos construido una parte de nuestra identidad con ellas. Y entre esos actos, hay uno que me inquieta: la crítica. No la crítica que construye, que ilumina, sino esa otra, la que hiere, la que encoge el alma de quien la recibe. Esa crítica que no busca comprender, sino reducir al otro a la pequeñez. Y me pregunto… ¿habré sido yo alguna vez el que la lanzó sin pensarlo?*

*(Un silencio se instala entre los dos. El niño no responde, pero sigue jugando, como si el peso de esas palabras flotara en el aire, acompañándolo de una forma sutil.)*

*P: A veces escucho decir que "todo queda atrás". Pero… ¿es eso cierto? No todo desaparece con la distancia. Lo que he vivido está aquí, dentro de mí. No es un eco lejano, es parte de lo que soy. Dime, si camino por un sendero y luego me alejo, ¿ese sendero ha quedado atrás? Cuando vuelva a él, ¿será el mismo? Algo habrá cambiado. Tal vez la luz caiga diferente sobre las piedras, tal vez el viento haya trazado nuevos surcos en la tierra. Y yo tampoco seré el mismo cuando regrese. Entonces, ¿realmente todo queda atrás?*

*(Una pausa. Respira hondo, como quien intenta atrapar un pensamiento esquivo.)*

*P: Cambiar… Cambiar es aceptar que todo lo que he sido sigue en mí, pero también comprender que no estoy atado a ello. Cambiar es mirarme con honestidad y entender que no se trata de borrar lo que fui, sino de aprender a ser más. Pero entonces me surge otra pregunta: ¿por qué cambiar? Si nunca hice daño con intención, si nunca empuñé la violencia, si solo fui un hombre que vivió, que rió, que soñó, que cayó y se levantó, entonces, ¿para qué cambiar?*

*(Su mirada se posa sobre el niño, que sigue jugando, ensimismado, pero de alguna manera presente en la conversación. El padre sonríe, como si hubiera encontrado una respuesta en esa pequeña silueta.)*

*P: Tal vez la respuesta es más simple de lo que parece. Cambiar no es una obligación, no es un castigo, no es una deuda con el pasado. Cambiar es una oportunidad. Es caminar por el mismo sendero y descubrirlo distinto. Es aprender a ver con otros ojos, con una mirada más serena, más sabia. Cambiar es darme el permiso de ser más feliz, de disfrutar más de lo que soy sin aferrarme a lo que ya no me hace bien. Porque, al final, hijo, yo soy esto: soy quien ríe, quien llora, quien sueña y se permite caer, quien trabaja y juega, quien ayuda y aprende a ser ayudado. Y en cada cambio, en cada paso, sigo descubriéndome. Porque eso es la vida: una constante transformación.*

*(Se toma un momento para mirar a su hijo con una profunda ternura.)*

*P: (Con la mirada perdida en un punto invisible, como si intentara descifrar un pensamiento que flota entre el ayer y el ahora) Sí, hijo… cometí un crimen. No contra otro, sino contra mí mismo. No haberme amado como debía, no haberme tratado con la compasión con la que se cuida una llama frágil en medio del viento. Me olvidé de mí, me descuidé en los pequeños gestos, en las grandes decisiones. Y no hay cárcel para ese crimen, pero hay un castigo silencioso: el peso de lo que no nos damos a nosotros mismos.*

*(Se queda callado, dejando que el silencio haga su parte. Luego, respira hondo, como quien reconoce que el perdón también es un camino que se aprende a recorrer.)*

*P: Pero mientras haya aliento, hay oportunidad. La vida es un constante ofrecimiento, un espacio que se abre una y otra vez, incluso cuando creemos que todo está dicho. Es un latido renovado, un llamado a despertar. Y despertar, hijo, no es solo abrir los ojos al mundo, sino también abrirlos hacia dentro.*

*(El niño juega, pero algo en su postura sugiere que escucha, que esas palabras, aunque no lo parezcan, encuentran un lugar en su interior.)*

*P: No todo queda atrás. Es una ilusión pensar que lo que fuimos se desvanece con el tiempo. Si así fuera, la memoria no nos dolería, ni la nostalgia nos llamaría de madrugada. El pasado no desaparece, nos moldea. Pero la verdadera pregunta no es si el pasado sigue con nosotros, sino cómo elegimos caminar con él.*

*(El niño deja de mover las manos por un momento, como si algo en esas palabras le hiciera eco.)*

*H: (Mira a su padre con una mezcla de cansancio y curiosidad) ¿Para qué me decís todo esto, papá?*

*(El padre sonríe, pero su sonrisa no es solo ternura, es una especie de comprensión profunda, de certeza que solo el tiempo regala. Le pasa la mano por la cabeza en un gesto casi ritual.)*

*P: Porque en esta vida, hijo, tropezarás. No una vez, sino muchas. Y eso no será el fin. Cada caída tiene algo que enseñarnos, si sabemos escucharla. El problema no es equivocarse, sino creer que el error nos define.*

*(Se inclina un poco, como si quisiera asegurarse de que su hijo realmente entiende.)*

*P: Todo lo que somos y todo lo que podemos llegar a ser depende de nuestra capacidad de transformar las caídas en aprendizaje. No hay derrota en quien sigue buscando, en quien sigue avanzando, en quien se levanta con una pregunta nueva en el corazón.*

*(El niño no responde de inmediato. Parece asimilar las palabras, como si en su mente intentara darles una forma propia.)*

*P: La vida no nos mide por las veces que caemos, sino por la valentía con la que decidimos seguir caminando.*

# SIN OFENDER

***La vulgaridad de la vida es sentir que ofendí cuando mi verdadero ser no se deja ver.***

***¿Que es la ofensa sino hacer algo que no va con nuestros ideales con nuestra norma? Ofender es cuando ese ego que poseo siente cierta amenaza.***

*P: (Con voz serena, observando cómo las pequeñas manos del niño danzan entre los juguetes) ¿Alguna vez te has detenido a pensar en lo que significa pedir permiso para existir?*

*(El niño no responde de inmediato, pero sus movimientos se ralentizan, como si la pregunta le pidiera espacio en su pensamiento.)*

*P: A veces, creemos que necesitamos autorización para todo… pero, ¿acaso la vida espera permiso para desplegarse? ¿El sol pide permiso para iluminar, el río para seguir su cauce, el viento para tocar la piel? No vivimos porque alguien nos lo concede. Vivimos porque simplemente somos.*

*H: (Mirando hacia arriba, con el ceño fruncido) Pero… mamá y vos siempre dicen que debo pedir permiso cuando quiero algo de los demás.*

*P: (Sonríe suavemente) Sí, porque el respeto es un puente entre los corazones. Cuando pedimos permiso, no es para existir, sino para convivir. Pero hay algo más profundo, algo que no se mendiga ni se negocia: el derecho a ser quien somos. ¿Alguna vez pensaste si pedís permiso para respirar, para soñar, para sentir?*

*H: (Con curiosidad) ¿Y qué pasa si el camino está bloqueado? ¿Si no puedo seguir?*

*P: (Hace una pausa, como si meditara cada palabra) Es interesante que hables de bloqueos… porque los muros más altos no siempre están afuera. A veces, son los que construimos dentro de nosotros, con ladrillos de dudas, con cemento de miedo. Nos decimos que no podemos, que no somos suficientes. Pero, hijo, el miedo no es un enemigo. Es un mensajero. No viene a detenerte, sino a mostrarte lo que aún no comprendes de vos mismo.*

*H: (Baja la mirada, pensando) Pero, si no sé qué hacer… ¿cómo sé si lo que hago está bien?*

*P: (Con una mirada profunda, como quien observa más allá del tiempo) ¿"Bien" según quién? Lo que llamamos "bien" o "mal" son solo sombras proyectadas por nuestra propia mente. La vida no es una ecuación con una única respuesta*

*correcta. Es más bien un bosque, un laberinto en el que cada paso, incluso el que parece erróneo, nos acerca a descubrirnos. A veces, lo que creemos un error es el maestro más grande que tenemos.*

*H: (Mirando a su padre, con algo nuevo encendiéndose en sus ojos) Entonces… ¿nunca debo buscar respuestas fijas?*

*P: (Asiente lentamente) Exactamente. No busques respuestas como si fueran piedras inamovibles. La vida no es un sendero con señales definitivas. Es más como un río: fluye, se adapta, se transforma con cada curva. No importa si el agua choca contra una roca, siempre encuentra un camino para seguir. Y así también debemos aprender a fluir nosotros.*

*H: (Sonriendo apenas, pero con cierta duda aún en su voz) ¿Y si alguna vez me pierdo?*

*P: (Lo mira con ternura) Entonces sabrás que estás creciendo. Porque perderse no es el fin, hijo. Perderse es parte del viaje. En cada confusión hay una semilla de descubrimiento. No temas la incertidumbre, porque en ella también habita la verdad. No estamos aquí para evitar la oscuridad, sino para aprender a ver la luz dentro de ella.*

*H: (Pensativo) Entonces… ¿eso es lo que nos hace crecer?*

*P: (Con una sonrisa tranquila) Sí. Crecemos cuando nos permitimos experimentar, cuando no nos detenemos por miedo a equivocarnos. Cada duda es una puerta que se abre, cada caída es un peldaño hacia algo más profundo. Nosotros somos los jardineros de nuestra propia existencia. Algunas semillas germinan rápido, otras tardan en florecer, pero todas, sin excepción, tienen algo que enseñarnos.*

*(El niño lo observa en silencio, como si por primera vez entendiera algo que siempre había estado ahí, esperando ser descubierto.)*

*P: No necesitas pedir permiso para ser quien eres. La existencia misma ya te ha dado ese derecho. No busques validación fuera, porque lo que sos ya es*

*suficiente. Viví, respirá, sentí, porque cada latido tuyo es un testimonio de que el universo no se equivocó al darte un lugar en él.*

# DISPUESTO

***El absolutismo es la negación de lo relativo que se nos da en la vida. La disposición es esa apertura a la acción a ese mundo de descubrimiento y desconocimiento de ese otro que anida en mí, y en ese otro…***

*P: (Mirando el horizonte, como si hablara con el viento) Una vez escuché que hay quienes creen que solo el que ha sufrido puede comprender el sufrimiento. Que solo el que ha pasado hambre sabe lo que es el hambre. Que solo el que ha sido herido puede hablar del dolor. Como si la vida solo se entendiera por cicatrices… como si solo sangrando uno pudiera conocer el rojo de la herida.*

*(El niño, jugando con un pequeño objeto entre los dedos, levanta la vista con un gesto inquieto.)*

*H: Papi… eso suena triste. Me dan ganas de llorar.*

*(El padre lo mira con ternura, como quien cuida un brote delicado.)*

*P: Sí, hijo. Son palabras que pesan, como piedras en el alma. Pero dime… ¿acaso un árbol necesita ser arrancado de raíz para comprender lo que es el viento? ¿O una estrella debe apagarse para saber lo que es la noche?*

*(El niño frunce el ceño, pensativo.)*

*H: No…*

*P: Exacto. No es necesario que todo nos atraviese para poder comprenderlo. Existe algo que nos permite ver con los ojos del otro, sentir con su corazón, caminar con sus pasos sin haberlos dado. Es como el río que conoce el mar sin haberlo alcanzado, como la luna que entiende la noche sin ser parte de la oscuridad. Eso se llama empatía, hijo.*

*(El niño se queda en silencio, asimilando la idea. Luego, con voz pequeña, pero llena de curiosidad, pregunta:)*

*H: Hoy en la escuela mi compañera me dijo que tiene dos mamás… y a veces siente que es diferente. Yo le dije que vos y mamá no viven juntos… y que yo también soy diferente.*

*(El padre sonríe suavemente, apoyando la mano en la cabeza del niño.)*

*P: Y dime, hijo… ¿los ríos son iguales entre sí?*

*H: No… algunos son grandes, otros angostos… algunos son muy azules, otros son más verdes…*

*P: ¿Y dejan de ser ríos por ser diferentes?*

*H: No… siguen siendo ríos.*

*P: Entonces, ¿qué es realmente ser diferente? Todos somos distintas formas del mismo fluir. Lo que nos hace únicos no nos separa, nos enriquece. Pero hay quienes aún creen que el mundo debe verse de una sola manera… y ahí es donde nace la sombra de la discriminación, de la exclusión.*

*(El niño, acariciando el suelo con los dedos, pregunta en voz baja.)*

*H: ¿Entonces no importa de dónde venimos?*

*P: Importa, pero no nos define. El árbol crece según la tierra que lo nutre, pero también según cómo abraza el sol. Hay quienes nacen en suelos fértiles y se quiebran al primer viento, y hay quienes brotan entre las piedras y se aferran con más fuerza. No es solo el origen lo que nos moldea, sino las elecciones que hacemos en el camino.*

*H: Pero algunos dicen que es fácil hablar cuando tuviste amor, cuando nunca estuviste solo…*

*P: Y tienen razón. El amor es el agua que alivia la sed, la brisa que empuja las alas. Pero tarde o temprano, hijo, cada pájaro debe volar por sí mismo. Hay un tramo del camino que nadie puede recorrer por nosotros. Y ahí es donde descubrimos quiénes somos en verdad.*

*(El niño se queda en silencio, su mente danzando entre las palabras de su padre.)*

*H: ¿Y si me pierdo?*

*(El padre lo mira con profundidad, con una ternura que no necesita palabras.)*

*P: Perderse no es lo mismo que desaparecer. A veces, hijo, los caminos más hermosos no están en los mapas. Perderse es una manera de descubrir lugares nuevos, dentro y fuera de nosotros. Nadie se pierde del todo si aprende a escuchar su propio latido.*

*H: (Sonriendo tímidamente) ¿Y si no sé cómo escucharme?*

*P: Cierra los ojos. Respira. Siéntete. En cada latido, en cada respiro, en cada duda, hay una verdad esperando ser encontrada. La vida, hijo, no es un camino con señales claras. Es más bien un río… y nosotros solo tenemos que aprender a fluir.*

*(El niño asiente lentamente, como si en su pequeño pecho latiera una semilla de comprensión. Luego, con voz suave, pregunta:)*

*H: ¿Y vos, papi? ¿Vos aprendiste a fluir?*

*(El padre sonríe, mirando el cielo, donde las primeras estrellas comienzan a despertar.)*

*P: Cada día, hijo… cada día aprendo un poco más.*

# CAMINAR

***La transformación se da cuando algo se empieza a accionar. Caminar es ese impulso de ir hacia algún lugar o de ir… caminar es la oportunidad de abrazar aquello que queremos o es la oportunidad de transitar un lugar de aprendizaje***

*P: (Con voz cansada, pero pensativa) No sabes cuán agotado estoy, Pipi. A veces, ni yo mismo lo entiendo. Pero imagino que vendrán tiempos donde todo esto se calmará, ¿no? Tal vez, algún día.*

*H: (Mirando hacia arriba con una expresión tranquila) Sí, papá, falta poco. Ya casi.*

*P: (Suspirando suavemente comienza una reflexión) La vida... caminar por ella conlleva desafíos, ¿sabes? Y aunque al principio los vemos como obstáculos, con el tiempo descubrí que el desafío real no es solo sortearlos, sino aprender a aprehender… aprehender lo que realmente somos, lo que realmente buscamos en nuestro ser. Ese es el mayor reto. Y el segundo, hijo, es dejar ir el miedo. El miedo a ser... miedo a mirar dentro de uno mismo, a enfrentar lo que somos realmente. Miedo a estudiar lo que queremos, a arriesgar todo por algo que nos define. Miedo a que los demás nos vean tal cual somos.*

*H: (Pensativo, tocándose el mentón pregunto ese retoño) ¿Y qué pasa cuando uno vence el miedo, papá? Porque yo... yo tengo miedo de muchas cosas.*

*P: (Mirando al horizonte con calma) Cuando uno decide dejarse ser, hijo... cuando decides caminar sin máscaras, las situaciones de la vida empiezan a fluir de otra manera. Pero no es que todo se vuelva perfecto. No. Van a surgir baches, como siempre. Sin embargo, en esos momentos es cuando debemos decidir si estamos dispuestos a enfrentarlos. Porque, ¿sabes qué? Con el diario del lunes todo parece más claro. Pero cuando las tormentas llegan, cuando te encontras en medio del caos, no hay certezas. Las emociones te desbordan y parece que todo se va a derrumbar.*

*H: (Frunciendo el ceño, curioso) ¿Entonces, después de todo eso, lo veremos con otros ojos? ¿Será más fácil?*

*P: (Mirando al niño con una mirada profunda y serena) Con el paso del tiempo, las cosas siempre se ven diferente. Pero esos momentos difíciles, esas luchas internas, son parte de lo que somos. No hay atajos para comprendernos. Es un proceso. A veces, uno se siente solo, aunque no lo esté realmente. Es en ese proceso donde descubrimos lo que somos capaces de hacer. Si alguien me hubiera dicho, hace años, que todo lo que viví me llevaría a lo que soy ahora, probablemente lo habría vivido de otra forma. Pero lo que sé con certeza, Pipi, es que el éxito, en sus múltiples formas, siempre ha estado allí. Solo depende de cuántas veces decida sacudir el polvo que el tiempo ha dejado sobre mi ser, ocultando lo mejor de mí.*

# LA PRIMERA VEZ

***La observación es la mejor crítica del Ser, del hacer, pero es la falencia de los pocos empáticos ¿Qué viste hasta ahora?***

*H: (Con una mirada curiosa) Pa, ¿cómo fue la primera vez que me viste?*

*P: (Sonríe, pensativo) Mmmmm... ¡Qué pregunta! Fue el principio y el fin de todo, jajaja. Vamos a ponerle un toque de drama, ¿te parece?*

*H: (Riéndose) Bueno, pero no sé qué es eso de drama, jajaja.*

*P: (Ríe suavemente) Como te decía, fue el principio de saber: esto es lo que siempre deseé, esto es lo que siempre busqué. Cuando te vi, algo en mí despertó, como si toda mi vida hubiera sido un preludio a ese momento. Como si de pronto todo lo vivido hubiera cobrado sentido, aunque en su momento nada parecía tenerlo. Cuando te vi, entendí que las huellas que dejó el dolor en mi camino fueron las que me trajeron hasta allí. Cada cicatriz, cada tropiezo, cada suspiro en la oscuridad... todo formaba parte de una danza, la danza de la vida, que finalmente me llevó a ti.*

*(Suspira, con una mirada lejana, reflexionando)*

*P: Y en ese instante, hijo, sentí que me despojaba de las capas de mi ser que se habían formado por miedo y desconcierto. Vi, con ojos renovados, lo que antes me costaba ver: la vulnerabilidad, la fragilidad, la verdadera esencia de lo que somos. ¿Cómo explicarte lo que sentí? Fue como si el tiempo se hubiera detenido y todo se hubiera vuelto una profunda paradoja: todo estaba en su lugar, y a la vez, nada estaba donde debía estar. Sentí la vida en su máxima contradicción, y con esa contradicción, comprendí que la belleza de existir radica en abrazar ese caos, en no tener todas las respuestas.*

*H: (Sonríe, asintiendo) Siempre reímos mucho los dos, siempre nos decimos cuánto nos amamos.*

*P: (Con ternura) Sí, tienes razón. Cuando te vi por primera vez, fue como si el ciclo comenzara de nuevo, o tal vez como si todo lo que había vivido hasta ese momento fuera una preparación para esta revelación. En ese preciso instante, me di cuenta de que cada segundo, cada error, cada desvío en el camino, había sido parte de la enseñanza. Lo que antes veía como algo perdido, ahora lo entendía como necesario, como esencial para llegar hasta aquí. Fue un punto de inflexión, hijo, donde las piezas del rompecabezas de mi vida encajaron de manera imperfecta, pero perfecta a la vez.*

*P: (Mirando fijamente al niño, con una expresión profunda) Cuando te vi, comprendí que soy mucho más de lo que alguna vez creí ser. No solo me vi a mí, sino que también vi la posibilidad de ser algo más grande que mis miedos, mis fallos y mis limitaciones. Descubrí que el amor que buscaba no venía de fuera, sino de lo que había dentro de mí, de lo que había negado por tanto tiempo. Y así, fue como me encontré contigo, hijo, en un punto donde el amor deja de ser un concepto abstracto y se convierte en la fuerza que mueve todo lo demás.*

*P: (Sonríe suavemente) A veces pienso que, a pesar del cansancio, siento una energía dentro de mí que es casi inexplicable, una chispa que no se apaga. Puede que mi cuerpo esté agotado, pero mi espíritu sigue buscando, sigue explorando... lo que soy, lo que hemos sido, lo que podemos llegar a ser.*

*H: (Con una expresión preocupada) Tenés que descansar, papá.*

*P: (Pensativo, mirando al horizonte) Algunas veces me pregunto, hijo, si el dolor que siento por mi cuerpo es mayor que el dolor que percibo en el mundo que nos rodea. La enfermedad, el sufrimiento físico, es solo un reflejo de algo mucho más profundo. Cuántas veces la sociedad, en su afán de avanzar, olvida la esencia de lo que significa ser humano. Nos llenamos de títulos, de profesiones, de etiquetas, pero pocas veces nos detenemos a pensar en nuestra verdadera humanidad. ¿De qué sirve ser un experto en algo si no sabemos ser buenos seres humanos? Nos olvidamos de que antes de ser abogados, médicos o ingenieros, somos seres que sienten, que necesitan de…. Esa es la raíz de todo: la humanidad.*

*P: (Mirando al niño con intensidad) Es fácil dejarse llevar por las divisiones, las etiquetas, la necesidad de señalar, de dividir. Pero con el tiempo he aprendido que esas divisiones no hacen más que perpetuar el sufrimiento. Nos categorizamos: heterosexuales, homosexuales, trans, cis... pero en el fondo, ¿no somos todos seres humanos? Somos almas en un viaje colectivo, cada uno buscando lo mismo: ser vistos, comprendidos, amados, respetados. El amor no tiene etiquetas, hijo, y la verdadera humanidad tampoco debería*

*tenerlas. Lo que importa, lo que trasciende, es el espíritu que hay en cada uno de nosotros.*

*P: (Haciendo una pausa, mirando al niño) Respondiendo a tu pregunta... ¡Sentí todo! Todo lo que viví, todo lo que te conté, fue porque abriste una puerta que jamás había sido tocada. Cambiaste mi mundo desde el mismo momento en que decidiste entrar en este plano, en el preciso instante en que decidiste ser parte de esta existencia. Y te diré algo: ese momento no fue solo un cambio para mí, fue una lección para la vida misma. Porque al permitirte entrar, hijo, me permití a mí mismo descubrir que hay cosas que trascienden el tiempo, el espacio y las circunstancias. Solo a través de la vulnerabilidad y el desapego de lo que creemos saber, podemos realmente empezar a vivir.*

# UN LIBRO

***La ignorancia no es un libro para desechar, es justamente un hermoso libro para leer…***

*P: Hoy me desperté con ganas de que leas un libro que escribí… pero no sé si tengo ganas de seguir escribiendo ni de hablar mucho más.*

*H: (Sonríe suavemente) Siempre tenés ganas de hablar, jajaja, y de escribir también. Pero estás cansado, ¿no? Necesitas descansar un poco.*

*P: (Con una leve sonrisa, reflexionando) Es cierto, pero este es un libro que te hice, uno que contiene más que solo palabras. Es un reflejo de todo lo que soy, de todo lo que he vivido. Aunque las páginas sean pocas, las palabras que elegí son las que construyen mi historia. En la vida, no se trata de llenar*

*páginas por llenar. Un libro no se mide por la cantidad de sus páginas, sino por el peso de sus silencios entre ellas.*

*H: (Curioso) ¿Entonces, un libro no depende de cuántas páginas tenga?*

*P: No, hijo, un libro no se mide por eso. Hay libros que nos cambian sin que siquiera lleguemos a terminar de leerlos. La verdadera grandeza de un libro está en lo que nos deja, no en cuánto ocupa. Y eso, en el fondo, es lo que pasa con nuestras vidas. La vida no es el número de días que vivimos, sino la profundidad con la que vivimos cada uno de esos días. Es la huella que dejamos, la marca que dejamos en el mundo y en los demás. La historia más hermosa que podemos contar es la nuestra, aquella escrita con nuestra esencia, con lo que realmente somos.*

*H: (Pensativo) Pero, ¿y si no tengo suficiente para escribir mi historia?*

*P: (Sonríe, mirándolo fijamente) Todos tenemos suficiente, hijo. La historia no está en lo que logramos o en lo que tenemos, sino en cómo vivimos lo que ya tenemos. Cada pequeño gesto, cada sonrisa, cada momento de silencio tiene su propio peso. Y sabes, lo mejor de todo es que ese libro siempre está en construcción. No importa cuántos capítulos creas haber vivido, siempre hay más por escribir. La vida, como un libro, no tiene un final claro. Es un proceso eterno de reescribirnos, de descubrir quiénes somos en cada página, en cada paso.*

*H: (Con una pequeña sonrisa) Entonces, si mi vida fuera un libro, ¿qué tendría que tener para ser una buena historia?*

*P: (Mirando al horizonte, reflexionando profundamente) Un buen libro no se mide por lo que pasa en él, sino por lo que ocurre dentro de nosotros cuando lo leemos. Tu historia, hijo, no necesita ser grandiosa para ser significativa. La verdadera belleza está en ser auténtico, en escribir sin miedo a lo que otros piensen. La mayor lección que nos deja la vida es aprender a ser nosotros mismos, sin adornos, sin máscaras. La espiritualidad está ahí: en la verdad, en el instante presente, en la comprensión de que todo lo que somos y todo lo que*

*vivimos está lleno de significado, incluso si no siempre lo entendemos de inmediato.*

*H: (Mirando a su padre con una mirada profunda) ¿Cómo sé cuándo estoy escribiendo lo correcto?*

*P: (Con calma, como si estuviera susurrando una verdad eterna) La clave está en sentir. En cada momento, en cada elección, en cada respiración. Lo correcto no siempre es lo que parece lógico o sensato. Lo correcto es lo que resuena en lo más profundo de tu ser, lo que sientes que te conecta con el universo, con la verdad de quien eres. La vida es como escribir un poema que nunca termina. Cada día, cada paso, cada error es una palabra nueva, una frase que te acerca más a tu verdadero ser. No te preocupes por escribir lo que otros esperan; preocúpate por escribir lo que tu alma te dicta.*

*H: (Silencio, reflexionando profundamente) Y si me pierdo, ¿cómo regreso a mi historia?*

*P: (Con una mirada profunda, casi mística) La historia nunca se pierde, hijo. Tú no te pierdes. Lo que pasa es que a veces nos dejamos llevar por las sombras de nuestra mente, por las expectativas del mundo, y olvidamos la luz que siempre estuvo dentro de nosotros. La vida es como caminar en la oscuridad con una vela: a veces la brisa puede apagarla, pero la luz siempre está dentro de ti, siempre está al alcance de tus manos. Solo debes recordarlo, solo debes seguir caminando, aunque no veas todo el camino. Cada paso es un regreso a casa.*

*H: (Mirando fijamente a su padre) Entonces, la vida es como un libro que no dejamos de escribir, ¿verdad?*

*P: (Sonríe con dulzura) Exactamente, hijo. La vida no es solo un libro que leemos, es un libro que constantemente estamos escribiendo, palabra por palabra, sin darnos cuenta. Cada acto, cada pensamiento, cada emoción, se convierte en un verso de esa historia que solo tú puedes contar. Y no importa cuántos capítulos vivas, lo que importa es que en cada página te encuentres a*

*ti mismo, te descubras y, lo más importante, te aceptes tal como eres. Porque el verdadero viaje está en entender que ya somos todo lo que necesitamos ser.*

*H: (Sonríe con una luz especial en los ojos) Entonces, mi historia ya está escrita, pero yo solo tengo que seguir viviéndola.*

*P: (Con una sonrisa profunda y serena) Exacto, hijo. Y recuerda siempre: el mejor libro que puedes escribir es tu propia vida, y es el único que puedes leer una y otra vez, siempre encontrando algo nuevo. Es un libro sin final, que se sigue escribiendo mientras sigues respirando. La belleza de la vida está en no temerle a lo incierto, en abrazar el caos y encontrar la paz en el proceso.*

*H: (Con una mirada de gratitud) Te entiendo, papá. Mi vida es mi historia, y yo soy el escritor.*

*P: (Con ternura, abrazándolo) Así es, hijo. Y no importa lo que venga, porque lo más importante es que sigas siendo el autor de tu propio destino.*

# ECOS

***El desoír no es una falencia, es una capacidad de saber que nutre nuestro SER***

***Los ecos en la vida son como sombras del pasado que no se desvanecen, sino que se transforman, se amplifican, se reflejan en otros momentos y otras vidas. Son la continuidad de lo que hemos sido, de lo que somos, y de lo que podemos llegar a ser. En este sentido, el eco se convierte en un símbolo de lo eterno, de lo inquebrantable, de esa esencia del ser que se mantiene viva más allá del cuerpo y de las circunstancias.***

*P: (Mirando al horizonte, como buscando algo más allá) Sabes, hijo, el tiempo se despliega ante nosotros como un río. A veces fluye tranquilo, otras veces desborda con furia. Pero en todo su curso, siempre está cambiando, siempre está en movimiento. Es curioso cómo, en nuestra pequeña travesía, a veces creemos que tenemos el control, pero en realidad, somos como hojas arrastradas por ese mismo río. No podemos detener el flujo, solo podemos aprender a navegarlo.*

*H: (Pensativo, con voz suave) ¿Y qué pasa cuando el río se vuelve turbulento, papá?*

*P: (Con una sonrisa, como si le hablara a una vieja amiga) Ah, esa es la gran pregunta, hijo. Cuando el río se agita, nos sentimos perdidos, como si todo se desmoronara. Pero es en esos momentos, cuando el agua parece oscura y fría, que nos damos cuenta de una verdad profunda: el río nunca deja de fluir, ni siquiera en su tormenta. Y nosotros, como las gotas de agua que lo componen, somos parte de ese flujo eterno. No podemos detener el torrente, pero sí podemos elegir cómo dejamos que nos lleve. Podemos elegir no aferrarnos a la orilla, sino confiar en el movimiento, en el misterio que nos sostiene.*

*H: (Curioso, mirando al padre) ¿Cómo sabes todo eso, papá?*

*P: (Mirando profundamente al hijo) Es curioso, hijo. No es algo que aprendas con los libros o con las palabras. Es algo que se siente, que se experimenta. Cada vida es un libro, y cada experiencia, cada suspiro, es una página escrita con la tinta invisible del alma. Cuando te miré por primera vez, comprendí que mi vida no era un solo libro, sino una serie de capítulos interconectados, y que tú eras un capítulo que completaba una historia mucho mayor. La vida no se mide por los años o por los logros, sino por los momentos en los que nos damos cuenta de que todo lo que vivimos, lo que amamos y lo que perdemos, forma parte de un todo. De un todo que trasciende nuestra comprensión.*

*H: (Pensativo, con voz baja) ¿Y qué pasa cuando dejamos de escribir en ese libro?*

*P: (Sonríe suavemente, casi con nostalgia) Ah, hijo, ese es el misterio de la vida. Nos pasamos la vida escribiendo nuestra historia, y a veces pensamos que la podemos controlar, que sabemos cómo debe terminar. Pero el gran secreto, hijo, es que nunca terminamos de escribir. Incluso cuando nuestras manos dejan de moverse, el eco de nuestras palabras sigue flotando en el aire. La verdadera historia no está en las páginas, está en el alma, en la huella que dejamos en cada ser que tocamos, en cada sonrisa que compartimos, en cada lágrima que derramamos. La vida no es un libro con un principio y un final, es un ciclo sin fin, donde lo que damos siempre regresa de alguna manera, como un eco que resuena en las estrellas.*

*H: (Mirando al padre con una mezcla de asombro y curiosidad) ¿El eco de la vida es eso, papá? ¿Lo que nunca se apaga?*

*P: (Con voz suave y profunda) Exactamente. El eco de la vida es lo que perdura más allá de nosotros. Cuando miras al cielo, ves millones de estrellas, pero ¿sabías que algunas de esas estrellas ya no existen? Sin embargo, su luz sigue llegando a nuestros ojos, porque el eco de su existencia sigue viajando a través del tiempo. Eso es lo que somos, hijo. Somos luz, somos eco. La muerte no es el fin, es el comienzo de una nueva forma de resonar, de seguir existiendo en otro plano, en otro lugar. El cuerpo se desvanece, pero el alma, el eco de lo que somos, sigue viajando, sigue tocando otros corazones, otros destinos.*

*H: (Con voz quebrada, como si algo profundo lo tocara) Pero, ¿qué pasa con nosotros? ¿Qué pasa cuando ya no estamos aquí para ver todo eso?*

*P: (Con una mirada serena y llena de comprensión) Hijo, el hecho de que no podamos ver lo que vendrá no significa que no estemos presentes. La vida no está limitada por lo que nuestros ojos pueden percibir. Cada vez que amas, cada vez que ofreces tu verdad al mundo, tu luz se expande. La muerte, entonces, no es un final, sino un viaje hacia la conciencia universal, hacia la conexión con lo infinito. Nuestro propósito no es entenderlo todo, sino vivirlo todo con la mayor conciencia posible, abrazando tanto la luz como la sombra, sabiendo que todo tiene su lugar en el gran tejido de la existencia.*

*P: (Pausa larga, mirando profundamente al hijo) Tal vez nunca tengamos todas las respuestas. Tal vez nunca sepamos el porqué de todo lo que ocurre. Pero lo que sí sabemos es que, en este momento, en este suspiro, estamos vivos. Y eso es lo que debemos honrar: la vida que tenemos, el eco que dejamos, la luz que compartimos. Cada día es una página, hijo, y cada página es valiosa, aunque no podamos leerla toda de una vez. La vida es un poema, una danza cósmica, un canto que trasciende nuestra comprensión, pero que se siente en lo más profundo del alma.*

# ¿A DÓNDE VAS?

***Es el momento, entre vos y yo***

*H: (Con una sonrisa suave su hijo hablo sutilmente) Hola, papá. Soy yo, tu hijo... Te vine a ver de nuevo. Estos 20 días que estuvimos juntos, aprendí tantas cosas que no se pueden describir solo con palabras. Espero poder hacerlo con hechos. ¿Recordas la pregunta que te hice hace un tiempo? Te pregunté: "¿A dónde vas?"*

*P: (Con una leve sonrisa, cansado) Hola, hijo. Claro que lo recuerdo. Y ahora estoy listo para responderte. Me siento un poco agotado, el dolor me pesa, me cuesta respirar, pero lo haré, hijo. Solo necesito un poco de paciencia, como la que ambos hemos cultivado a lo largo de este tiempo.*

*H: (Mirando con cariño) Te esperaré, papá. Paciencia, como la que tuvimos los dos.*

*P: (Suspira profundamente) Sabes, te he contado que esa etapa llamada adultez fue la que más me detuvo. Fue la más significativa, pero también la más desconcertante. En ella aprendí tanto, aunque a veces no comprendía todo lo que pasaba. Hoy, al mirarme a través de tus ojos, veo que lo que nos unió no fue el paso del tiempo, sino lo que decidimos hacer con ese tiempo. Veo el eco de esos días, aquellos en los que compartimos este espacio, este pequeño universo de dos. No importa si fueron 20 días o 20 años, hijo, lo que importa es cómo los vivimos, cómo los llenamos de amor y de presencia. Lo que importa es que cada paso que dimos, lo dimos juntos, no importa el tiempo.*

*H: (Con una leve tristeza) Pa, ¿Sabes que te voy a extrañar, verdad? Y… ¿Por qué estás en el hospital?*

*P: (Con una mirada profunda) Estoy aquí para aprender más sobre este dolor, para entender lo que aún no he comprendido. A veces, la vida nos coloca en momentos muy especiales, circunstancias que no pedimos, pero que debemos atravesar. Pero hay algo más importante aún, hijo. Al pie de esta cama, siempre estuvo el ser que más amé, el que más cuidé. Estaba ahí, siempre a mi lado, como un faro de luz en medio de la tormenta. Ese ser, que juró acompañarme hasta el final. Y ahora, mirando a través de tus ojos, siento esa promesa cumplida. La promesa de estar juntos en este viaje.*

*P: (Con una sonrisa suave, tocando su pecho) He aprendido tanto en este tiempo, hijo. He aprendido a escuchar a ese niño dentro de mí. Ese niño que alguna vez fui, el que jugaba, que reía, que se preocupaba por las pequeñas cosas. En este espacio y tiempo, me encontré con ese niño. Y al mirarlo, me hice una pregunta: ¿A dónde voy?*

*P: (Mirando al hijo con profunda ternura) Voy a ser el padre que ese niño interior siempre necesitó. Voy a ser el padre que, a veces, yo mismo necesité tener. He aprendido que, en este viaje, hay momentos donde debemos encontrarnos con nuestro niño interior, y ese niño, al mirarnos, nos devuelve*

*las respuestas que necesitamos. Las respuestas que solo pueden venir de ese lugar puro y lleno de amor. Al final de cuentas, hijo, todo este tiempo juntos fue un reencuentro. Un reencuentro entre mi niño y el hombre que soy ahora. Nos encontramos, nos entendimos, y ahora podemos seguir, juntos, aunque el camino cambie.*

*P: (Con los ojos brillando de emoción) Y lo hicimos, hijo. Cumplí mi promesa. Te hice reír, llorar, jugamos, cantamos, bailamos. A veces, incluso nos equivocamos. Pero lo hicimos. Esa promesa que hice antes de nacer, de encontrarnos aquí, de crecer, de ser felices, de compartir la vida, de equivocarnos juntos. De enseñar y aprender. Y aunque nuestros cuerpos físicos a veces sufran, nuestros cuerpos espirituales jamás lo hicieron. Siempre supieron que mi promesa de encontrarnos era más que solo palabras. Fue un pacto del alma.*

*P: (Suspira, mirando al infinito) Me preguntaste, hijo, "¿A dónde voy?" Y yo te respondo: voy a preparar el camino para nuestro reencuentro. El mismo reencuentro que soñamos, que prometimos, que esperábamos. Voy a limpiar, a ordenar, a preparar lo que sea necesario para que cuando llegue ese momento, todo esté listo. Estoy yendo a ese lugar donde solo lo que cultivamos con amor, con esfuerzo, con respeto, permanecerá. Todo lo demás se disolverá, pero lo que es real, lo que hemos construido juntos, eso perdurará.*

*P: (Sonríe con una calma serena) Sabes, hijo, sé exactamente a dónde voy. Y lo haré como siempre quise. Lo haré lo mejor que pueda, para que el día que nos volvamos a encontrar, ya no haya más preguntas. Solo respuestas, solo abrazos, solo amor. Y en ese lugar donde nos encontremos, todo lo que aprendimos, todo lo que amamos, estará ahí, esperando para ser vivido de nuevo.*

*H: (Con una sonrisa llena de comprensión) Sí, papá. Te entiendo. Y me esperarás, ¿verdad?*

*P: (Sonríe dulcemente) Siempre.*